



Selección



LOU CARRIGAN

FETICHISTAS

Pensó en moverse, pero en el acto tuvo la plena seguridad de que no lo conseguía. Sentía frío.

Se sentía como flotando, en aquella impenetrable oscuridad. Como flotando en una oscuridad fría, congelada, densa. Como si estuviera metido dentro de una barra de hielo.

¿Por qué no podía ver? ¿Por qué no podía oír? ¿Por qué no podía gritar, ni moverse, ni tragar?

Cada vez sentía más frío. Cada vez sentía más dolor en diversos puntos de su cuerpo. Cada vez, aquella sensación de hielo era más y más profunda. Ya no podía más. Sentía dolor, miedo, angustia. Sentía un terror insoportable.

Insoportable.

Finalmente, de pronto y para su fortuna, falleció. Su corazón se detuvo, no pudo soportar más la situación en que le había colocado el deteriorado cuerpo de su propietario. El corazón se negó a seguir latiendo.

Eso fue todo.



Lou Carrigan

Fetichistas

Bolsilibros: Selección Terror - 404
Brigitte en acción - 351

ePub r1.2
xico_weno 25.11.17

Título original: *Fetichistas*
Lou Carrigan, 1980
Ilustraciones: Tamurejo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

FETICHES

Para su desdicha y pese a todo lo que le habían hecho, Kirk Sullivan todavía tuvo fuerzas para recuperar el conocimiento. O quizá sería mejor decir una cierta sensación de conciencia difusa, un experimentar algo de vida. Quizá, todo se reducía a que, simplemente, aún le latía el corazón, y, en cierto modo, podía pensar.

Pensar…

Sumido en una dolorosa y densa oscuridad como nunca la había conocido en su vida, pudo pensar.

Recordar, más bien.

Y lo que recordó le produjo una vaga sensación de perplejidad. Recordó risas y tres venerables y simpáticos rostros sonrientes.

Luego, recordó el pinchazo.

Finalmente, recordó que ya no recordaba nada más.

Y ahora, volvía a recordar, a pensar.

Más… ¿qué era aquella densa e impenetrable oscuridad? Pensó en que debía abrir los párpados, y su cerebro todavía latente envió esta orden a los párpados. Inmediatamente, experimentó una sensación lacerante y profunda, tan dolorosa que gritó. Es decir, quiso gritar; pero no oyó sonido alguno. Experimentó, eso sí, la sensación de ahogo: como si tuviese la boca llena de un líquido que no podía tragar.

Pensó en moverse, pero en el acto tuvo la plena seguridad de que no lo conseguía.

Sentía frío.

Un frío cada vez más intenso, estremecedor, congelante. Y dolor. Mucho dolor. Muchos dolores, en distintas partes del cuerpo, pero ya no sabía en cuáles… Ah, sí: la boca, los ojos, las manos, el bajo vientre…

Eran unos dolores atroces, que, lentamente, se iban

intensificando, convirtiendo en insoportables.

Absolutamente insoportables.

¿Qué le habían hecho? ¿Qué le ocurría? ¿Por qué sentía tantos puntos de insoportable dolor en el cuerpo? ¿A qué se debía aquel frío cada vez más y más intenso?

Se sentía como flotando, en aquella impenetrable oscuridad. Como flotando en una oscuridad fría, congelada, densa… Como si estuviera metido dentro de una barra de hielo. ¿Por qué no podía ver? ¿Por qué no podía oír? ¿Por qué no podía gritar, ni moverse, ni tragar…?

Cada vez sentía más frío. Cada vez sentía más dolor en diversos puntos de su cuerpo. Cada vez, aquella sensación de hielo era más y más profunda. Ya no podía más. Sentía dolor, miedo, angustia… Sentía un terror insoportable.

Insoportable.

Finalmente, de pronto y para su fortuna, Kirk Sullivan falleció. Su corazón se detuvo, no pudo soportar más la situación en que le había colocado el deteriorado cuerpo de su propietario. El corazón se negó a seguir latiendo.

Eso fue todo.

CAPÍTULO PRIMERO

Abraham Lippton recorrió el pasillo del departamento de policía de Beverly Hills, buscando el despacho del capitán Prince, cuyo nombre debía constar en el cristal esmerilado de una de las puertas. Finalmente, encontró la puerta en cuestión, asintió con un gesto como de aprobación a sí mismo, y se volvió hacia la pared de enfrente, hacia el otro lado del pasillo.

Entonces, la vio…

Frente a la puerta del despacho del capitán Prince había un banco de madera, destinado evidentemente a que esperasen quienes pretendían ser recibidos por Prince. Ella estaba allí, sentada en el banco, mirándole con contenida curiosidad.

Lo primero que Abraham destacó de la muchacha fueron, precisamente, aquellos grandes y hermosos ojos dorados con chispitas oscuras que le contemplaban; casi al mismo tiempo, se dio cuenta de que era rubia. Acto seguido, vio sus espléndidas piernas cruzadas, graciosamente mostradas desde el borde de la falda por encima de las rodillas.

Era preciosa. Bellísima. Y tenía un cuerpo acorde con la belleza sugestiva de las piernas. Llevaba una blusa de color azul claro, maliciosamente desabotonada, permitiendo atisbar una diminuta porción de escote blanco, nítido, de forma impecable.

Ella sonrió como divertida.

—Si viene a ver al capitán Prince tendrá que ponerse a la cola —advirtió, con encantadora voz.

—¿También usted quiere hablar con él? —Sonrió a su vez Abraham.

—Así es. Y llevo más de media hora esperando.

—Me pondré a la cola —sonrió de nuevo Abraham, yendo a sentarse junto a la muchacha—. ¿Un cigarrillo?

—Oh, sí, gracias. Precisamente, hace unos minutos he terminado

los míos.

—Entonces, he llegado a tiempo.

Ofreció su paquete a la muchacha, y acto seguido la llama de su encendedor. Ella prendió el cigarrillo, mirando a Abraham con los párpados entornados. Abraham miraba la boca de la muchacha chupando del cigarrillo. Fascinante. Fascinante en verdad. Era una boca de labios alargados, y llenos en el centro. Una boca besucona, como tenía clasificada Abraham aquella forma de labios. Besucona y golosa. Era…

—¿Es usted pariente de Kirk Sullivan? —preguntó la muchacha, expeliendo humo hacia su rostro.

—¿Yo? —Se pasmó Abraham—. ¿Por qué se le ha ocurrido eso?

—Porque es usted muy guapo.

Abraham quedó pasmado Luego, parpadeó. Por fin, sonrió alegremente.

—Muchas gracias. Pero no, no tengo nada que ver con Kirk Sullivan… ¿Y usted?

—En un sentido familiar, no, tampoco.

Abraham asintió con la cabeza. Encendió su cigarrillo, y luego preguntó:

—¿En qué otro sentido tiene algo que ver con él?

—Digamos que tengo que averiguar quién le mató.

—¡No me diga! ¿Pertenece usted al departamento de policía?

—No, no. ¿Y usted?

—Tampoco. Soy periodista.

—Oooh… Periodista. Me parece que no va a conseguir usted nada que la policía no haya facilitado ya a la Prensa, señor…

—Abraham Lippton.

—¿Cómo ha dicho?

—Lippton, no Lincoln —gruñó Abraham.

—Ya, ya. Lippton. Yo soy Rebeca Hornflower, de la Survival Insurance.

—¿Qué tal? —Sonrió irónicamente Abraham, tendiendo la mano —. Según parece, su apellido tampoco es una maravilla, ¿verdad[1]?

—A todo se acostumbra una.

—Sí, es cierto. Yo estoy hasta las narices de que la mitad de la población del país me pregunte, «¿ha dicho usted Lincoln?» cuando les digo que me llamo Lippton. Y si se fija usted, no se parecen

demasiado. Pero la gente es «graciosa». Bueno, perdone, no lo digo por usted, es que…

—Yo tampoco me he sorprendido porque su apellido me recordase a Lincoln, sino que me ha hecho gracia que usted tuviera nombre de té. Supongo que esa broma también se la habrán gastado.

—La otra mitad de la población —asintió Abraham.

—Lo siento —rió la muchacha—. ¡Espero que no me lo tenga en cuenta, y que vuelva a invitarme a fumar si nos hacen esperar demasiado!

—No soy rencoroso. Y por si la espera se hace larga, tal como usted teme, podríamos simplificar el asunto de los apellidos. Yo la podría llamar a usted simplemente Rebeca y usted a mí simplemente Abe. ¿Qué le parece?

—Aceptada la sugerencia. Y volviendo al meollo de la conversación, insisto en que dudo mucho que obtenga más información de la que ya sabe toda la Prensa del país.

—Puestas así las cosas, lo mismo va a ocurrirle a usted, ¿no? Y por otra parte, se diría que su cometido es más difícil que el mío, en principio. Parece más fácil conseguir algo de información extra que llegar a saber quién mató a Kirk Sullivan de ese… modo tan… tan…

—¿Espectacular? —susurró Rebeca.

—Yo diría siniestro.

—Sí —admitió ella—, es verdad: siniestro. ¿Cómo es posible que exista en el mundo alguien capaz de hacer una cosa así?

—No me pregunte a mí: yo me desmayé una vez que sin querer le rompí la pata a un canario. Veamos si lo he entendido: ¿es usted investigadora, o algo así, de esa compañía de seguros llamada Supervivencia?

—Algo así, no: investigadora, concretamente.

Abraham se quedó mirándola con creciente curiosidad.

—Pues debe ser usted muy buena, para que le hayan encargado un caso como éste.

—No lo hago mal del todo. Pero lo cierto es que no soy yo sola quien está investigando el asunto. Soy sólo un componente más del equipo de investigaciones de la compañía. Prácticamente, nos han puesto a todos en movimiento para este caso. Y se comprende: la muerte de Kirk Sullivan va a costarle a la Survival Insurance nada

menos que cinco millones de dólares.

—¡Demonios! —Respingó Abraham.

—Ya sabe usted: Kirk Sullivan era el galán de rabiosa actualidad en todo el mundo. Tan alto, tan guapo, tan buen actor, tan simpático… El mundo entero estaba enamorado de él…

—Yo no —sonrió Abraham.

—Bueno, yo tampoco —rió Rebeca—. Aunque era guapísimo, sin duda alguna. Y buen actor… Ese pobre muchacho lo reunía todo, así que con dos películas se hizo el amo de Hollywood. Cuando la Bronson Pictures proyectó hacerle un seguro, hubo una pugna tremenda entre varias compañías de seguros, y ya ve, la mía fue la… afortunada. Ahora nos va a costar cinco millones de dólares, y aunque la publicidad conseguida al decir que teníamos asegurado a Kirk Sullivan ha sido muy buena, tardaremos mucho tiempo en recuperar esa cantidad.

—Me hago cargo. Es mucho dinero. Y dígame una cosa: ¿variará en algo el asunto el hecho de que usted descubra quién lo hizo? Tendrán que pagar, de todos modos, ¿no es así?

—No, si hubiese alguna… jugada sucia de por medio.

—¿Jugada sucia? Póngame un ejemplo.

—Por ejemplo, que alguien de la Bronson Pictures hubiese tenido la buena idea de prescindir de Kirk Sullivan a cambio de cinco millones de dólares.

Abraham Lippton quedó unos segundos pensativo. La idea de que la propia productora cinematográfica hubiera eliminado a su actor del momento a cambio de cinco millones de dólares no le pareció genial, ni mucho menos.

—¿Usted cree eso? —mascullló.

—Yo no creo nada: sólo investigo. ¿De qué periódico es usted?

—Bueno… No soy propiamente de un periódico. Trabajo para una revista del Medio Oeste.

—Ah. Bueno, supongo que, como otras muchas revistas, querrá hacer un reportaje sensacionalista.

—Más o menos.

—¿Y qué espera conseguir del capitán Prince? ¿Fotografías del cadáver?

—No —se estremeció Abraham—, la descripción literaria ya es bastante horrible. Además, han sido prohibidas todas las fotografías,

dado el estado en que quedó ese pobre muchacho. Fíjese cómo será su aspecto que ni siquiera permiten que sea visitado en la Morgue. Ha de ser espeluznante verlo, así que no, nada de fotografías. Todo lo que quiero pedirle al capitán Prince es que me deje leer los informes que la policía ha recogido hasta ahora.

Rebeca Hornflower se quedó mirando estupefacta a Abraham.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó.

—Ya sé que es difícil —sonrió Abraham—, pero tengo una gran persuasión.

—¿Poder de persuasión? ¡Un milagro va a necesitar, para conseguir eso! Aparte de que, espero que esté ya al corriente, el FBI se está haciendo cargo del caso: ya sabe usted que al haber habido mutilaciones, es un caso federal.

—Sí, lo sé. ¿Y usted qué espera de Prince?

Rebeca emitió una risita sofocada.

—Más o menos, lo mismo que usted —confesó.

—Vaya, otro milagro, ¿eh?

—Creo que un buen punto de partida para mis investigaciones sería saber tanto como sabe la policía.

—Pues no sé —titubeó Abraham—. A veces, la policía sabe tanto y dispone de tantos medios técnicos y de personal que no ven el árbol en el bosque.

—¿Qué quiere decir? —Lo miró vivamente Rebeca.

—Se suele decir que ven más cuatro ojos que dos. Ateniéndonos a una lógica matemática, tendríamos que admitir que ven más mil ojos que dos, entonces. Pero… a veces la lógica falla.

—¿Han visto algo sus ojos?

—Bueno… No me gusta dármelas de listo, pero…

—¿Qué es lo que ha visto? ¿Qué sabe usted?

La puerta del despacho de capitán Prince se abrió en aquel momento. Tres hombres salieron del despacho, despidiéndose de Prince, que los había acompañado. Los tres miraron con amable curiosidad a Rebeca y Abraham, y se alejaron por el pasillo hacia la salida. El capitán Prince, alto, fornido, con gesto avinagrado que quedaba un tanto dulcificado por las atractivas canas en las sienes, miró a Abraham.

—Puede usted pasar, señor Lippton.

Abraham abrió la boca, pero Rebeca no le dio tiempo a decir

nada. Se puso rápidamente en pie, diciendo:

—Capitán, soy Rebeca Hornflower. Estoy segura de que le anunciaron mi visita antes que la del señor Lippton.

—Sí, en efecto. ¿Será tan amable de esperar unos minutos, por favor? Señor Lippton…

Éste se puso en pie, mirando de reojo a Rebeca, que había enrojecido de simple y vulgar ira.

—Puedo esperar, capitán. Tomaré unas últimas notas en mi agenda mientras usted atiende a la señorita Hornflower.

—Como usted quiera —frunció el ceño Prince—. Pase, señorita.

Rebeca entró en el despacho con gesto decidido, tras una mirada entre furiosa y sorprendida a Abraham Lippton. La puerta se cerró. Abraham encendió otro cigarrillo. Todavía no lo había fumado a la mitad cuando la puerta del despacho se abrió de nuevo, y apareció Rebeca Hornflower, sofocada; las chispitas oscuras de sus ojos parecían diminutas llamaradas. Se despidió de Prince con un seco «adiós», y enfiló el pasillo.

Abraham se puso en pie.

—Adiós, Rebeca —dijo amablemente—. Encantado de haberla conocido.

Ella le miró, masculló otro «adiós», y continuó su orgullosa marcha hacia la salida, casi a paso de carga. Prince hizo un gesto a Abraham, y éste entró en el despacho.

—Ha hecho usted enfadar a la señorita Hornflower, capitán —sonrió Abraham.

—Estoy acostumbrado a que la gente se enfade conmigo —gruñó Prince—. Siéntese, señor Lippton. Y antes que nada, por curiosidad puramente personal, dígame; ¿qué clase de enchufe tiene usted en las altas esferas?

—¿Yo? ¿Por qué pregunta semejante cosa?

—He recibido un comunicado de altísima procedencia que me *ordena* complacerle a usted en todo lo que pida.

—Ah… Bueno, debe ser cosa de Jimmy.

—¿De quién?

—De Jimmy Carter. ¿Lo conoce?

—¿Es usted amigo del Presidente de los Estados Unidos?

—Más o menos.

Prince, que se había sentado en su sitio, se quedó mirando con

curiosidad y una bien contenida irritación a su visitante, que, por otra parte, no podía parecer más simpático y agradable. Cabellos castaños, ojos oscuros, boca grande y sonriente, bien vestido, atlético, joven…

—Muy bien, usted dirá, señor Lippton.

—Quisiera leer el informe completo de todos cuantos datos han reunido ustedes sobre el… sangriento asesinato de Kirk Sullivan.

Prince abrió la boca en el principio de un gesto sarcástico. Lippton sonrió. Prince frunció el ceño, entornó los párpados, y por fin, gruñó:

—Eso puede llevarle a usted más de una hora.

—No tengo prisa —amplió su sonrisa Abraham.

—Espero que tampoco tenga usted propensión a vomitar: me gusta tener limpio el despacho.

—No se preocupe.

Sin embargo. Prince tenía mucha razón. Hacía falta tener unos nervios de acero para leer la parte más espectacular del informe, la que hacía referencia al estado en que había sido hallado el cadáver de Kirk Sullivan en la cabaña número 24 del Neptunus Motel, sito en la carretera de la costa, frente a la playa, a menos de una milla al sur de Santa Bárbara.

La descripción, que en el informe policial constaba con mucha más crudeza, puede resumirse así: A Kirk Sullivan lo habían anestesiado, procediendo acto seguido a extirparle, con instrumentos afilados que se suponía eran bisturíes, diversas partes de su cuerpo: los ojos, los órganos genitales, las orejas, las manos, la lengua… El informe forense indicaba, no obstante, que la causa de la muerte había sido un fallo cardíaco, nada sorprendente. Respecto a lo único que quedaba duda era a si Kirk Sullivan había despertado de los efectos de la anestesia antes de morir, o había muerto sin enterarse de nada. Si había sido así, la muerte se había mostrado oportuna y piadosa. Si se había recobrado en determinado momento, y había tenido aunque sólo fuesen unos minutos de conciencia, tenía que haber sido algo bestialmente espantoso para el joven y bellísimo actor.

El resto del informe estaba plagado de datos de índole técnica, supuestas pistas, conversaciones con el agente de Sullivan respecto a qué había ido a hacer éste al Neptunus Motel. ¿Qué había ido a

hacer Sullivan al Neptunus?, preguntaba su agente Elmer Bush a su vez: ¡No tengo ni la menor idea! Los datos técnicos y las explicaciones de toda clase se sucedían folio tras folio. Cuando Abraham terminó la lectura, setenta minutos más tarde. Prince estaba sentado de nuevo ante él, tras haber salido varias veces del despacho para atender otros asuntos.

Abraham lo miró fijamente.

—En este informe no se dice nada de las viejecitas.

—¿Qué viejecitas? —Se pasmó Prince.

—Las tres viejecitas que estaban también alojadas en el motel.

—En ese motel había mucha gente alojada, señor Lippton. Y nadie vio nada. Le recuerdo, por si no lo ha leído bien, que había una alborotada fiesta juvenil en la playa, precisamente cerca de la cabaña que ocupaba Kirk Sullivan. Si esos muchachos no vieron a nadie, nadie pudo ver nada. ¿De qué viejecitas habla usted?

—Bueno, han sido mencionadas en varios periódicos.

—Ah, ya. Mire, los periodistas se han abalanzado sobre el Neptunus como una plaga, según es habitual en ellos, y han hablado con todo el mundo. A la gente le gusta mucho aparecer en los periódicos diciendo tonterías. Lo cierto es que nadie vio nada, ni nadie sabía que Kirk Sullivan estaba en ese motel. Tomó una cabaña con el nombre de John Dexter, espero que también haya leído eso. En cuanto a las viejecitas, pueden ser testigos de los periodistas para llenar páginas, y lo mismo los muchachos de aquel grupo alborotador, y los demás clientes del motel… Pero a nosotros sólo nos interesan las personas que pueden aportar algo, no exhibicionistas de las noticias. Aparte de eso, dígame: ¿acaso ha leído usted en algún periódico algo más concreto y mejor que nuestro informe?

—No se enfade —sonrió Abraham—. ¿Eran del FBI los tres hombres que salieron de su despacho cuando yo esperaba fuera?

—Sí. ¿Quiere que los llame para que le acompañen a conversar con las tres viejecitas?

—Sería inútil. He estado ya en el Neptunus Motel para entrevistarlas…, pero ya se han marchado.

—¿Qué quiere decir con eso? —susurró Prince.

—Se llamaban Sally Molly y Betty Devonshire. Y no quiero decir nada. Simplemente, he dicho que no aparecen en su informe, que

no son mencionadas.

—Del mismo modo que no son mencionados los demás clientes del Neptunus que nada aportaron. Mire, señor Lippton, por el momento, tanto el FBI como nosotros tenemos una idea bastante clara del asunto: alguien citó a Kirk Sullivan en ese motel, engañándolo de algún modo, y lo… descuartizó. ¿Motivos? ¡Vaya usted a saber! Celos, envidia, odio personal… Aunque estamos basando nuestras pesquisas en el odio. Hay que odiar mucho a una persona para hacer semejante cosa con ella. O estar loco, claro. De todos modos, no crea que nos estamos cegando nosotros mismos con teorías fijas, ¿entiende? Puede ser cualquier porquería, desde una venganza de algún marido ultrajado hasta una sucia jugada de una productora cinematográfica, como me han sugerido antes.

—Ya.

—¿Y por qué demonios quiso usted hablar con esas tres viejecitas?

—Sólo me pregunté qué hacían ellas en un motel…, pero ya obtuve la respuesta en la conserjería del Neptunus: estaban viajando en un viejo automóvil hacia el Sur, hacia México, para pasar unas cortas vacaciones.

—¿Qué coche era ése? ¿Sabe la matrícula?

Abraham sonrió burlonamente.

—¿Le interesan las viejecitas?

—Psé. Ya que usted las ha mencionado…

—No sé la matricula. Nadie se fijó en ella en el motel. Lo único que me dijeron es que el coche era un «Chrysler» azul oscuro del setenta, más o menos. Me pregunto si habrá cruzado ya la frontera.

—Oh, eso podría ser fácil de saber, si nos interesáramos por un detalle tan poco llamativo, señor Lippton.

—Le diré una cosa, capitán Prince —sonrió Abraham del modo más simpático que pudo conseguir—: no se trata de que lleguen a interesarse o no por ese «Chrysler» inmediatamente. ¿Me he explicado?

—Sí —enrojeció Prince—, se ha explicado muy bien.

Abraham se puso en pie y tendió la mano a Prince, que la aceptó con una sonrisa final, inevitable para corresponder a la mucho más simpática de su visitante.

—Le iré llamando periódicamente —dijo Abraham—. Pero si en

determinado momento tuviera usted algo que decirme, pregunte por mí en el Beverlotel. Gracias por atenderme.

CAPÍTULO II

Cuando salió a la calle oyó enseguida el sonido de un claxon, pero no hizo caso. Sin embargo, el claxon volvió a sonar, y Abraham volvió la cabeza. De pie junto a un coche. Rebeca Hornflower agitaba la mano, mirándole.

—¡Abe! —llamó la muchacha.

Abraham frunció el ceño, pero enseguida sonrió, dio la vuelta, y se dirigió hacia la bellísima rubia, que le dirigió una mirada escrutadora.

—Hola. ¿Qué tal? —Saludó Abraham—. ¿Se le ha terminado la gasolina?

—Ha tardado usted mucho… ¿Lo ha conseguido?

—¿El qué?

—Lo que no he conseguido yo.

—Hablando de conseguir cosas —sonrió Abraham—. ¿Cómo ha conseguido que no le metan en la cárcel después de estacionar su coche en la acera?

—Ya lo intentaron. Se me acercó un policía con gesto de querer comerme, pero le dije enseguida que estaba esperando al señor Lippton, importante personaje que estaba conversando con el capitán Prince. El policía entró en el departamento, salió al cabo de dos minutos, y me pidió, por favor, que me colocara del modo que molestase lo menos posible a los transeúntes.

—Es usted lista y audaz —murmuró Abraham.

—Y evidentemente, usted es importante. Estoy segura de que ha conseguido leer *todo* el informe… Oh, cielos, se nos acerca el policía que antes me llamó la atención. ¿Nos vamos? Si tiene usted el coche por aquí, puede seguirme.

—No tengo coche, de momento —rió Abraham.

—En ese caso, le llevo. ¡Dese prisa!

Abraham entró en el coche de Rebeca justo cuando el policía

llegaba junto al vehículo. Sacó la cabeza por la ventanilla, y envió una de sus sonrisas de buen muchacho.

—Ya nos vamos, agente. Muchísimas gracias.

El policía asintió, y Rebeca arrancó. Estuvo conduciendo un par de minutos en silencio, antes de preguntar:

—¿Adónde le llevo?

—Sugiérame un sitio agradable.

—Su casa… ¿No?

—Mi casa está muy lejos de aquí. ¿Y la suya?

Rebeca le dirigió una especulativa mirada de reojo.

—La mía está bastante cerca. ¿Le gustaría tomar una copa?

—Me siento decepcionado —se compungió Abraham—: había tenido la esperanza de que me invitaría a cenar.

—¿Por qué habría de ofrecerle tanto?

—Bueno, usted pretende sonsacarme sobre mis averiguaciones en el despacho del capitán Prince, y eso bien vale una cena.

—Ya. ¿Qué pensaría usted si le dijera que ya tengo una pista y que no necesito para nada sus informes?

—¿De veras? ¿Tiene una pista? —Abraham se volvió en el asiento para mirarla directamente—. En ese caso, ¿por qué me ha esperado?

—Dos pistas son mejor que una.

—Está usted aniquilando mi vanidad masculina. Llegué a pensar que le gustaba. Como dijo que soy muy guapo… A propósito: ¿le he dicho ya que usted también me parece a mí un bocado exquisito?

—No sé si me gusta eso de ser un «bocado», francamente.

—Es un modo de hablar.

—Hablemos seriamente: ¿intercambiamos pistas? Usted puede conseguir un reportaje sensacional, y yo puedo ganar setenta u ochenta mil dólares.

—¡Fiuuu…! —Silbó Abraham—. ¡No está nada mal! ¿Es una prima de su compañía para el investigador que consiga algo positivo?

—Sí. He comprado hace poco una casita en Santa Mónica, cerca de la playa, y claro está, tengo que ir pagándola. Setenta mil dólares me convertirían poco menos que en millonaria.

—Pues hay quien llora porque sólo tiene diez millones.

—No soy ambiciosa. ¿Acepta el trato? ¿Intercambiamos pistas?

—Le advierto que lo que puedo decirle sobre el informe de la policía no le va a ayudar en gran cosa.

—Tampoco yo he dicho que mi pista sea maravillosa.

—Entonces, hagamos un cambio de informaciones triviales. Mi memoria es excelente, de modo que puedo recitarle poco menos que al pie de la letra el informe que me ha dejado leer Prince. ¿Está de acuerdo?

—¡Desde luego!

—Muy bien. Pues allá va…

Cuando Abraham terminó su relato, desde luego sin mencionar a las tres viejecitas llamadas Sally, Betty y Molly, hacía un par de minutos que Rebeca había detenido su coche frente a una simpática casita en Beach Avenue, en Santa Mónica. La muchacha asintió, y señaló la casita.

—Hemos llegado. ¿Será tan amable de recoger los periódicos que hay en el asiento de atrás?

—Cómo no.

Abraham se llevó la primera sorpresa al entrar en la casa: parecía vacía. En el saloncito había un tocadiscos, un televisor, una pequeña librería con escasos libros, y, por asientos, algunas cajas vacías. Rebeca se dio cuenta de su asombro, y se echó a reír.

—¡Lo siento! —exclamó—. Esto, y la cama, es lo único que me traje del viejo apartamento cuando me mudé. Lo demás no valía la pena, así que lo tiré todo.

—Ya veo que esos setenta mil dólares le vendrían muy bien.

—Tengo paciencia. Bueno, puede sentarse en una caja a leer el periódico mientras yo voy a por esos tragos.

—Preferiría conversar a leer el periódico.

—Podemos conversar luego. Le sugiero que lea la pequeña noticia titulada «Extraños amuletos». Está en el *California Sun*, página nueve.

Abraham asintió, se sentó en una de las cajas, y buscó la página nueve. Allá estaba la noticia. Pequeña en verdad, unas pocas líneas. Decía:

Extraños amuletos.

Salinas, junio, 12. Dos muchachas, llamadas Alice Benton y Mary Tracy fueron halladas en el interior de un coche accidentado, volcado fuera de la carretera. Ambas fueron trasladadas

inmediatamente al Central Hospital de esta localidad, donde están siendo atendidas de sus graves heridas. Entre las pertenencias de ambas, aparte de sus documentaciones, fueron hallados unos extraños amuletos, pues no de otro modo pueden calificarse: dentro de sendos frascos de cristal, había un dedo de una mano humana y una oreja, asimismo humana, queriendo dar la sensación de estar sumergidos en formol. Naturalmente, deben ser de plástico, pero no por ello menos grotescos.

Abraham dejó el periódico sobre otra de las cajas, y se dirigió hacia la cocina, donde Rebeca estaba sirviendo *whisky* en dos vasos que ya contenían cubitos de hielo.

—¿Quiere casarse conmigo? —preguntó Abraham.

Ella le miró divertida.

—Quizá, pero no en este momento. ¿A qué se debe tan generosa oferta?

—Está usted de miedo —dijo Abraham—. Pero, además, me prometí a mí mismo que si alguna vez me casaba tendría que ser con una chica inteligente, aunque fuese fea. Así que imagínese: preciosa e inteligente. No se puede pedir más.

—Podría exigir que también fuese virgen.

—Eso ya sería demasiado —sonrió Abraham—. ¿Lo es?

—Mucho —dijo ella.

—¿Muy virgen?

—¡Muy inteligente! —rió ella.

—Ya me extrañaba. Porque de lo otro, o se es o no se es, pero no se es mucho o poco. ¿Sabe?, estoy empezando a tomarla en serio como investigadora.

—¡Ya salió el machismo! ¿Por qué cree que me he dedicado a esto?

Abraham aventuró:

—¿Porque es lo que más le gusta y por tanto lo que mejor sabe hacer?

—Usted también es listo —murmuró Rebeca, alzando su vaso—. Por nuestras inteligencias.

—Copa y beso —dijo Abraham, alzando su vaso.

—¿Qué?

—Copa y beso. ¿No conoce esa costumbre entre gente simpática?

—Pues no.

—Se toma una copa, se bebe un sorbo, y luego se dan un beso. Si pese al sabor del *whisky*, el beso gusta, todo va sobre ruedas: existe el noventa por ciento de posibilidades de que la pareja en cuestión lleguen a entenderse muy bien. Bueno, por lo menos resulta agradable.

Rebeca se echó a reír de nuevo. Bebió un sorbo, mirando a Abraham, que hacía lo mismo. Luego, Abraham pasó una mano por la nuca de la muchacha, la atrajo, y la besó lenta y suavemente en la boca… Cuando se separaron, Rebeca tenía los ojos cerrados.

—¿Qué tal? —preguntó él.

—Sobre ruedas —murmuró ella, sin abrir los ojos.

Abraham la volvió a besar. Esta vez, el beso fue más prolongado y más profundo. Rebeca tuvo que empujarle suavemente, y suspiró.

—Lástima que tengamos que ir ahora mismo a Salinas —dijo.

—Sí, lástima —sonrió él—. Tú pones el coche y la gasolina, y yo te invito a cenar en cualquier parador de la costa. ¿*Okay*?

—*Okay*. Pero con suerte, no llegaremos a Salinas hasta las once de la noche.

—Tenemos toda una vida por delante —aseguró Abraham—. Vamos a pasar por Santa Bárbara… ¿Te gustaría echarle un vistazo al Neptunus Motel?

—Ya estuve allí.

—¿Te hablaron de las tres viejecitas?

—¿Qué viej…? Un momento. ¿Te refieres a las tres ancianas que mencionan algunos periódicos, de pasada, igual que mencionan a otros clientes de ese motel que fueron entrevistados en busca de alguna información?

—A ésas me refiero. Supongo que hemos venido aquí más que nada a recoger algunas cosas tuyas, como por ejemplo, el cepillo para los dientes y el pijama, ya que estabas decidida a ir a Salinas aunque fuese sola, ¿no?

—Exacto. ¡Qué listos somos los dos!

—Recoge lo que sea y vámonos.

—¿Y tu pijama?

—Lo llevo puesto. Ya me prestarás tu cepillo dental.

Poco después, salían los dos de la casa, riendo. Lucía un hermoso sol vespertino, que se reflejaba en el cercano mar. Rebeca

se puso al volante de su coche, y partieron.

—Hablemos claro por fin —dijo Abraham—. Naturalmente, a ti se te ha ocurrido relacionar la espantosa muerte de Kirk Sullivan con la desaparición de otros actores, actrices, cantantes y, en suma, gente que ha destacado en una u otra actividad pública de las que atraen fans. ¿Es así?

—Sí. Por si realmente has llegado del Medio Oeste, te diré que los grandes actores de Hollywood, los cantantes famosos, y gente así, están asustados. En menos de seis meses han desaparecido una docena de famosos. La Policía y el FBI andan locos desde entonces. Lo ocurrido a Kirk Sullivan ha sido, en realidad, un golpe inesperado sólo en cuanto a los… detalles. Pero en mi opinión, Kirk Sullivan estaba destinado a desaparecer, simplemente.

—Sin embargo, esta vez no pudieron llevárselo, como hicieron con Ned Connolly.

—¿Ned Connolly? —Exclamó Rebeca—. ¿Te refieres al candidato a la presidencia de los Estados Unidos el próximo noviembre?

—Sí. Ya debes saber que ha desaparecido…

—¡Cómo, que ha desaparecido…! ¡Han dicho que está retirado en un lugar secreto preparando una nueva fase de su campaña!

—No es cierto. Ha desaparecido, igual que esos cantantes de actualidad, actores, actrices… Pero han decidido silenciar lo ocurrido, de momento. O lo están intentando. De todos modos, el hecho cierto es que desapareció del hotel de San Bernardino donde estaba alojado con su equipo.

—Pero… Bueno, supongo que llevaba guardaespaldas, y…

—Los mataron a los dos. Bueno, había muchos más, pero los dos subieron con él a su *suite*. Y Ned Connolly no apareció por parte alguna. Pensar que fue él quien mató a sus dos guardaespaldas y se fugó, es una idiotez, de modo que creemos que, simplemente, sus acompañantes fueron asesina dos y él secuestrado.

—Dios mío… No sabía eso. Pero ¿cómo pudieron sacarlo del hotel?

—Ése era el gran misterio para todos… Y de pronto, yo leo en los periódicos lo sucedido con Kirk Sullivan en el Neptunus Motel, y que se mencionan, de pasada y sin trascendencia alguna, a tres viejecitas instaladas en el mismo motel. Salgo disparado desde San

Bernardino hacia el Neptunus Motel, pero cuando llego las tres viejecitas ya se han marchado.

—No comprendo… ¿Qué tienen que ver las tres viejecitas con lo de Ned Connolly? Espera… ¡No me digas que también estuvieron en el hotel de San Bernardino dónde estaba Connolly!

—Lo que voy a decir te parecerá una tontería —masculló Abraham—. No, allí no hubo ninguna viejecita. Pero, a la mañana siguiente de la desaparición de Ned Connolly, tres bellas muchachas abandonaron el hotel con su abundante equipaje: maletas, baúles, maletines… Eran encantadoras. Sus nombres eran Lucy, Agatha y Rosie Morrison, según constaba en el registro del hotel, pero se las conocía por las Three Moons. Habían llegado dos días antes, y estaban en el hotel esperando un telegrama que tenía que llegar desde Las Vegas informándolas de que el contrato para su actuación allá había sido ya firmado. El telegrama llegó aquella noche. Por la mañana, el simpático grupo cantante llamado Tres Lunas abandonó el hotel, como se esperaba.

Rebeca, que escuchaba atentamente, miró de reojo a Abraham, sin distraerse de la conducción del coche.

—¿Y en uno de sus baúles iba Ned Connolly, muerto… o anestesiado? —murmuró.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Pero, Abe, ¿qué tienen que ver tres chicas jóvenes con tres ancianas?

—Antes de ir a ver al capitán Prince, recibí una información con los resultados de una investigación que han llevado a cabo unos amigos míos: las Three Moons no existen ni han existido jamás como conjunto músico-vocal. No están en Las Vegas. No están en sitio alguno. En estos momentos, el capitán Prince debe estar dirigiendo la búsqueda del coche de las tres ancianas, un «Chrysler» azul oscuro del setenta. Me apuesto lo que sea a que no encuentran a las tres viejecitas llamadas Sally, Molly y Betty Devonshire. Quizá encuentren el coche, pero nunca las encontrarán a ellas. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque no son viejecitas, sino jóvenes?

—¡Rebeca, cásate conmigo!

—¿O sea, que se han disfrazado de viejecitas las mismas chicas que decían ser las Three Moons? Bueno, Abe, ¿no te parece todo

esto un poco fantástico?

—Hablando de fantasías: ¿por qué estamos viajando ahora hacia Salinas, a quinientos kilómetros de Los Angeles?

—Porque…

—Sigue, sigue, no te detengas.

—Bueno, a mí se me ocurrió… No sé, pero al leer la noticia mientras te esperaba frente al Departamento de Policía, se me ocurrió que… ¡Es una fantasía, tienes razón!

—Pero podría orientarnos. Lo que tú pensaste fue que quizá se había convertido en una moda eso de llevar dedos y orejas en unos frascos de cristal con formol…, pero que ni el dedo ni la oreja eran de plástico. Y puestos a llevar tan extraños amuletos…, ¿se llevaría la oreja de cualquiera? No: sería mejor la de… Kirk Sullivan, pongo por caso. En resumen, a ti se te ocurrió la tremenda fantasía de que quizá alguien anda por ahí secuestrando famosos haciéndolos cachitos, y luego vendiendo estos cachitos en frascos con formol, como… amuletos, a los fans de la personalidad en cuestión. No sabemos qué ha sido de los famosos que han desaparecido, incluido Ned Connolly, pero sí sabemos qué le quitaron a Kirk Sullivan de su cuerpo. Y sospechamos que quizá dentro de poco alguien vaya por ahí llevando como amuleto el… pene de Sullivan, dentro de una botellita con formol… ¿No fue ésa la fantasía que se te ocurrió?

—Sí… sí.

—Muy bien. Desde luego no vamos a encontrar ni a las jóvenes y bellas Three Moons ni a las viejecitas del Neptunus Motel, pero tenemos a dos muchachas hospitalizadas que llevaban frascos con un dedo y una oreja. La pregunta es: ¿de quién es la oreja? Porque te aseguro que de plástico no son. ¿Estás de acuerdo con esto?

—Bueno… No sé…

—¿Cómo que no sabes? ¡La idea se te ocurrió a ti al leer la pequeña noticia en el *California Sun*! Una noticia en la que seguramente no reparará el capitán Prince, pero quizá sí el FBI…, si es que sus agentes encargados del caso se aburren esperando a alguien y se dedican a leer pequeñas curiosidades de la prensa. Lo que significa que, hasta que cacen esa pequeña noticia, les llevamos la delantera.

—Abe, ¿quién eres tú?

—Abraham Lippton, periodista.

CAPÍTULO III

—Señor Lippton, le comprendo a usted —dijo el doctor Ramsey—, pero no puedo complacerle.

—Doctor, son las once y cuarto de la noche, hemos viajado quinientos kilómetros para saber eso —insistió Abraham—. No le estoy pidiendo a usted que traicione ningún secreto de ningún paciente enfermo, sólo que nos diga si el dedo y la oreja son o no son de plástico.

—No puedo contestar a su pregunta, señor Lippton.

—En realidad —intervino Rebeca, sentada junto a Abraham, ambos frente a la mesa del despacho de Ramsey en el Central Hospital de Salinas—, el doctor Ramsey ya ha contestado, Abe. Si fuesen de plástico se habría echado a reír y habría dicho que sí. Luego, no son de plástico.

—Es usted muy lista, ¿verdad? —masculló Ramsey.

—Doctor Ramsey: ¿hay algún teléfono aquí desde el que yo pueda hacer una llamada de larga distancia con cobro revertido? —pidió Abraham.

—Puede hacerlo desde el despacho contiguo.

—Gracias. ¿A qué hora termina usted su turno aquí?

—A las ocho de la mañana.

—A eso le llamo yo trabajar —sonrió Lippton—. Con su permiso, voy a llamar. Luego, alguien le llamará a usted, y ya verá como le convencerá para que conteste a mis preguntas. Para entonces, estaremos esperando en la salita del piso donde están esas dos chicas. ¿De acuerdo?

Ramsey encogió los hombros.

—Si me convencen, lo haré. Mi actitud no es personal, señor Lippton.

—Lo sé. ¿Cómo están esas dos muchachas?

—Mal. Pero estamos seguros de salvar a una de ellas. La otra…

Bueno, también existe la suerte, ¿comprende?

—Sí, comprendo. Voy a hacer esa llamada.

Eran las once y veinte.

A las once y treinta y dos minutos, el doctor Ramsey aparecía en la salita de espera del piso donde ocupaban una habitación Alice Benton y Mary Tracy, bajo cuidados intensivos. Rebeca y Abraham le miraron llegar, sin moverse. Ramsey se detuvo ante ellos y dijo:

—El dedo y la oreja no son de plástico.

—Gracias. ¿Podemos ver… eso?

—Sí. Vengan conmigo.

Los condujo a un pequeño quirófano de curas de urgencia y de un armarito de cristal pero cerrado con llave sacó los dos frascos, uno conteniendo una oreja, el otro un dedo. Los frascos debían medir unos diez centímetros de diámetro; estaban tapados con tapón metálico de rosca, herméticamente.

—¿Puede usted proporcionarme un sobre para avión, un sello para franqueo, y una cuartilla que no sea papel satinado?

—Supongo que sí.

—Se lo voy a agradecer mucho.

Tres minutos más tarde, Abraham Lippton tenía lo pedido. Para entonces, el dedo, que había sido colocado verticalmente y sostenido de modo que el formol se fuese escurriendo, estaba casi seco. Todavía esperó Abraham un poco más, soplando en el dedo. Por fin, lo terminó de secar cuidadosamente con un paño de quirófano. Acto seguido, lo pasó por el tampón, y luego imprimió la huella dactilar en la cuartilla, varias veces. Rebeca y Ramsey le contemplaban con interés, comprendiendo lo que pretendía Abraham: identificar al dueño del dedo por medio de la huella dactilar. Nada fácil… ¿O sí lo era para Lippton y sus amigos?

Mientras Abraham escribía la dirección, en el sobre, Ramsey, siguió sus instrucciones, limpió cuidadosamente el dedo de todo rastro de tinta de tampón, y volvió a meterlo en el frasco. Abraham se guardó el sobre en el bolsillo.

—Un último favor, doctor Ramsey, éste de tipo personal: no comente esto con nadie.

—¿Ni siquiera con la policía?

—Ni siquiera con la policía.

—Muy bien.

—Gracias. ¿Cuándo cree usted que hay posibilidad de que una de esas muchachas pueda hablar?

—La que está mejor es Mary Tracy, pero yo no puedo autorizar ni siquiera que sea visitada, de momento.

—¿Un día? ¿Dos?

—Quizá dentro de cuarenta y ocho horas pueda decir algunas palabras. Antes, ni soñarlo.

—Tendremos paciencia. ¿Están en el hospital el resto de objetos personales que fueron recuperados del coche siniestrado?

—Sí. No me lo diga: quiere verlos.

—Usted también es listo…, pero no puedo casarme con usted.

Ramsey casi soltó la carcajada. Bueno, al menos el señor Lippton era más simpático que la persona que le había llamado por teléfono *ordenándole* que se pusiera a su disposición en todo.

—Vengan al despacho de recepción —dijo.

—En cuanto a los familiares de esas chicas —preguntó Rebeca—: ¿no han aparecido por aquí?

—Claro que sí. Pero cuando llegaron ustedes hacía horas que se habían marchado. No tiene objeto que permanezcan en la sala de espera.

—Claro. ¿Qué familiares son?

—Los padres de ambas, claro está. El coche era el del señor Tracy…, pero coches se pueden comprar otros. También vinieron hermanos de una y otra, me parece, y algunos amigos, a interesarse por su estado.

—¿Amigos? ¿Muchachos jóvenes? —se interesó Abraham.

—Claro.

Las documentaciones informaron que Alice Benton tenía quince años, y Mary Tracy dieciséis. No había nada más que mereciera el interés de Abraham Lippton, que preguntó:

—¿Puede recomendarnos algún hotel?

—El Tower, por ejemplo.

—Estaremos allá esperando noticias de las muchachas. Si no nos encontrase allí, deje recado para que vengamos a verle inmediatamente. ¿De acuerdo?

—A las ocho de la mañana me voy, señor Lippton.

—Pase la consigna a su compañero. Sólo a él…, y espero que le convenza de que debe comportarse como usted, en este asunto. ¿Es

eso posible?

—Espero poder arreglarlo. ¿Realmente es usted periodista?

—Usted ya ha comprendido que no, doctor. Bien, gracias por todo y buenas noches. Espero que no pierda de vista a esas dos pobres muchachas…

* * *

La enfermera de turno en la habitación de la sección de cuidados intensivos desvió la mirada de una de las chicas, y volvió la cabeza hacia la puerta, sonriendo. Un pequeño relevo para tomar una taza de café no le vendría mal.

Lo primero que vio fue las batas blancas. Entonces, todavía sonreía.

Luego, cuando alzó la mirada hacia los rostros de los dos médicos…, es decir, en aquél horrendo rostro lleno de cicatrices, vello, verrugas, y provisto de unos ojos que parecían fuegos verdes. La mirada saltó hacia el otro rostro, que era la representación genuina que podría tener el de un clásico demonio con cuernos incluidos.

—Di… Dios mío… —jadeó la enfermera, empezando a ponerse en pie.

El demonio sacó una pistola provista de silenciador, apuntando al pecho de la enfermera, y disparó. El seco chasquido amortiguado quedó dentro del ámbito de la habitación: la bala penetró en el pecho de la enfermera, que salió violentamente despedida hacia atrás, rebotó en uno de los aparatos electrónicos de vigilancia de las muchachas, y cayó de bruces. El aparato vigilante de las constantes vitales se apagó. En el suelo, la enfermera emitió un profundo suspiró, que se llevó su último aliento de vida.

El demonio hizo un gesto con la pistola y se acercó a los dos lechos, con su compañero al lado.

—Tú, de aquélla —dijo.

El otro, el gorila siniestro, había sacado también una pistola provista de silenciador. Cada uno de ellos apoyó la punta del silenciador en el pecho de una de las muchachas, justo sobre el corazón. Cada uno de ellos disparó tres veces. A cada impacto, los cuerpos de las muchachas parecían saltar. Apareció en sus lindos rostros lívidos una crispación, unas muecas de dolor fruncieron sus

ceños y sus bocas.

Eso fue todo.

Los dos criminales guardaron sus pistolas, se dirigieron rápidamente hacia la puerta, la abrieron y salieron a toda prisa, alzando ya las manos hacia sus rostros, para quitarse las máscaras. Puesto que nadie les había visto, ni había nadie por allí, era mejor circular con toda normalidad, como dos médicos cualquiera del hospital.

Justo en ese momento apareció la enfermera, casi corriendo por el pasillo. En el centro de control de vigilancia electrónica, la desconexión de uno de los aparatos que funcionaban en la habitación de Mary Tracy y Alice Benton, había sido detectada, y la enfermera corría a ver qué ocurría…

Se detuvo en seco, desorbitó los ojos, y acto seguido lanzó un tremolante alarido, iniciando la vuelta para escapar. Los dos criminales desistieron de quitarse las máscaras de goma, y sacaron de nuevo sus armas, que apuntaron a la espalda de la enloquecida enfermera, cuyos gritos resonaban en todo el piso.

Los dos disparos se produjeron en el momento en que la enfermera llegaba al borde del tramo de escalones descendente. Una de las balas pasó crujiendo secamente por encima de su cabeza. La otra le alcanzó en el brazo derecho, se lo sacudió fuertemente, y la impulsó girando, escaleras abajo, sin que la enfermera dejase de gritar…

* * *

—¿Qué ocurre? —Alzó vivamente la cabeza Abraham Lippton.

—No sé —sobresaltó Ramsey—. ¡Voy a ver!

Salió corriendo del despacho de Recepción, con Abraham pisándole los talones, y Rebeca a la zaga de ambos. Oyeron los gritos con más claridad. Un par de enfermeras y un camillero que circulaban por el pasillo se detuvieron, desconcertados y sobresaltados.

—¿Qué pasa? —Exclamó Ramsey—. ¿Qué son esos gritos?

Abraham lo adelantó a toda carrera, llegó al vestíbulo de la planta baja, donde se hallaban, y miró escaleras arriba, que era de donde llegaban los gritos. Oyó pasos precipitados, vio aparecer a los dos médicos bajando velozmente. Soltó un respingo al ver sus

rostros, y enseguida las pistolas, que le apuntaron a la vez, rápidamente.

En el momento en que se producían los chasquidos de las armas, Lippton saltaba hacia su izquierda. Las balas rebotaron con agudo tañido en el suelo, y tras ellas, casi tan veloces, aparecieron el simio y el demonio, directos hacia la salida. Al otro lado de ellos, Abraham vio a Rebeca, que llegaba corriendo.

—¡No! —aulló—. ¡No, no, al suelo, al suelo…!

Rebeca había visto ya a los dos criminales, y su grito fue incontenible, se quebró cuando ambos se volvieron hacia ella para apuntarla, y se tiró hacia un lado del pasillo. Las balas arrancaron chispas del mosaico, y, más allá, el enfermero lanzó un aullido cuando uno de los plomos se clavó en su pierna derecha. Ramsey, que llegaba detrás de Rebeca, saltó junto a ésta, lívido. Todo lo que vio de los dos criminales fue brevísimamente su perfil, y el refulgir de las batas blancas una fracción de segundo, cuando salían del hospital. Al instante siguiente, vio a Abraham Lippton, demudado el rostro, pero persiguiendo con decisión a los dos criminales.

Abraham salió del edificio como disparado, y vio enseguida a los dos hombres, de espaldas a él, corriendo hacia la salida del recinto, frente a la cual se detuvo en aquel momento una camioneta…

—¡Alto! —Vociferó Abraham—: ¡Deténganlos, detengan a esos hombres!

El demonio volvió la cabeza, vio solamente a Abraham, y se detuvo. Impulsado por la carrera, Abraham quedó en un instante a menos de seis metros del criminal que se había detenido, intentando frenar, no acercarse más, porque el demonio le estaba apuntando con la pistola.

Plop, plop, chascó el arma.

Abraham, que se había dejado caer de rodillas, giró fuertemente hacia su derecha, y desapareció entre dos coches estacionados en aquel lado de la entrada al recinto. Oyó la imprecación del hombre, y enseguida, su voz:

—¡Ya voy! ¡Quiero matar a ese…!

Abraham tenía el rostro demudado, pero su reacción no se hizo aguardar, a la desesperada. Se quitó un zapato, se puso rápidamente en pie entre los dos coches, y vio al hombre corriendo hacia allí, dispuesto, ciertamente, a matarlo. El hombre-demonio se detuvo en

seco, lanzó una exclamación, y alzó la pistola… Abraham tiró el zapato con toda su fuerza, acertando al demonio en la zona del ojo derecho. El disparo del demonio salió alto, mientras éste lanzaba un bramido y se llevaba la mano izquierda al ojo golpeado bajo la máscara. Abraham llegó frente a él en aquel instante, y, sin titubeo alguno, lanzó un escalofriante punterazo entre las ingles del hombre, que lanzó otro bramido, soltó la pistola, y cayó de rodillas.

Abraham asió la pistola, y se dispuso a correr hacia la camioneta, pero el demonio todavía tenía fuerzas para intentar impedírselo, y, aunque torpemente, lo consiguió, agarrándolo de un pie y derribándolo, intentando acto seguido llegar al cuerpo a cuerpo, para arrebatarle la pistola, pero Abraham se deshizo de él golpeándole en la cabeza con el pie libre, arrancándole la demoníaca máscara y obligándole a lanzar nuevos aullidos de dolor. El hombre optó por soltarlo, se puso en pie, y pasó por encima de Abraham de un salto.

Abraham giró en el suelo, quedó con la cabeza hacia la salida, y empuñando fuertemente la pistola, gritó:

—¡Alto o disparo! ¡Deténgase inmed…!

La cabeza del hombre reventó en un surtidor sangriento, y la fuerza del impacto de la bala fue tal que mientras su cabeza quedaba completamente frenada, los pies siguieron un poco, las piernas terminaron por alzarse, y, tras una trágica y grotesca vuelta de campana hacia atrás, el hombre cayó sobre su vientre, con la destrozada cabeza cerca de la de Abraham, que la miró como alucinado.

El chirrido de los neumáticos le hizo reaccionar de nuevo. Se puso en pie de un salto en el momento en que la camioneta desaparecía hacia la derecha de la salida del hospital, Abraham sólo corrió unos pasos hacia la puerta. Recordó el coche de Rebeca, y corrió hacia donde lo habían estacionado, se metió dentro…, y lanzó una maldición al no ver las llaves en el contacto. ¡Rebeca las tenía en su bolso!

Salió del coche, corrió hacia la salida saltando por encima del demonio muerto… y ya no vio rastro alguno de la camioneta.

Se oían gritos en el vestíbulo del hospital. Cuando Abraham regresaba hacia éste, a lo lejos se divisaba ya la azulada luz giratoria de un coche policial.

* * *

—Muy bien, señor Lippton —murmuró el teniente Ferguson—, pueden ustedes marcharse: ha sido avalado adecuadamente, en lo que a mí concierne.

Abraham le estaba mirando torvamente, sentado en uno de los bancos del vestíbulo. Junto a él, mohína, Rebeca le miraba, como esperando algo milagroso.

Pero ya no habría milagros. Las dos jovencitas habían fallecido, así como la enfermera que las había estado vigilando directamente. La otra enfermera, la que había estado en la sala de control de vigilancia electrónica, tenía un brazo roto por el balazo, seis costillas fracturadas por la caída escaleras abajo, y un balazo en el vientre, disparado por uno de los criminales al pasar junto a ella escaleras abajo; se salvaría, no obstante. El enfermero también había sido llevado a los quirófanos. El ambiente era de mal contenida histeria en el Central Hospital de Salinas, California.

En el depósito de cadáveres, el hombre que había llevado máscara de demonio. Policías por todas partes… ahora que no hacían falta. Pero ¿quién habría podido imaginar que pudiera ocurrir una cosa así? La policía, que había silenciado la circunstancia de que la oreja y el dedo eran de persona, y que había estado esperando la recuperación de alguna de las muchachas para pedirle explicaciones, se había hecho cargo de todo, incluyendo a Abraham Lippton, que había facilitado cierto número de teléfono para que el teniente Ferguson supiera a qué atenerse con él.

Y ahora, ya bien enterado, Ferguson le decía que podían marcharse.

—Salvo que no se encuentren bien y prefieran quedarse en el hospital —gruñó Ferguson, ante el silencio de Lippton, y molesto por la mirada hostil de éste.

—¿Cómo se llamaba el demonio? —susurró Abraham.

—Ben Casey. Debía ser, verdaderamente, un pobre diablo. —Ferguson torció el gesto ante su impremeditado chiste—. Lo digo porque su compañero no vaciló en matarlo cuando vio que su situación era comprometida. Bueno, espero que sabremos pronto algo sobre Casey. Seguramente, más que sobre usted, señor Lippton. Pero, como le he dicho, pueden marcharse.

Abraham quedó pensativo. Desde luego, si hasta entonces no lo

había hecho, el FBI empezaría a interesarse por el asunto de Mary Tracy y Alice Benton, después de lo sucedido. Y emprenderían la búsqueda de la camioneta, cuya matrícula desconocían, pues él no había podido verla. Pero, sobre todo, buscarían al compañero de Ben Casey en cuanto supiesen algo sobre éste; empezarían a interesarse por sus amistades, sus últimos pasos, su última residencia, a qué se dedicaba… Sí, la policía y el FBI tomarían aquella ruta de investigación. Lo que significaba que si él hacía lo mismo, iban a converger, y posiblemente a molestarse unos a otros…

—De acuerdo —murmuró—. Adiós, teniente. Si nos necesita por cualquier motivo podrá encontrarnos en el Tower.

En el momento de colocar la llave en el contacto, Rebeca miró a Abraham, sentado a su lado, silencioso, hosco.

—Debí dejar las llaves puestas —murmuró—, pero tengo por costumbre no hacerlo nunca. Lo siento, Abe.

Él la miró, e intentó sonreír.

—Ni tú ni yo tenemos que culparnos de nada —dijo—. Quizá yo un poco: debí pensar que esas dos muchachas eran un peligro para quien les había proporcionado esos frascos…, pero eso también pudo pensarlo la policía, ¿no?

—Nadie es perfecto —murmuró Rebeca.

—Vamos a buscar ese hotel. Y para por el camino en cuanto veas un buzón: tengo que enviar la carta.

—¿Ya saben dónde han de enviarte la respuesta?

—No es necesario. Es mucho más rápido que yo llame en cuanto calcule que tienen el informe.

—Ahora ya sé que no eres un periodista —dijo Rebeca, poniendo en marcha el coche—. ¿No vas a decirme qué eres?

—Claro que sí —gruñó Abraham—. Soy un maldito presuntuoso que creyó que trabajar solo y conseguir resultados es tan fácil como ser el chico más simpático del colegio.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—Por ahora, sí. Bueno, te diré algo más: tengo una pista. Una pista mejor y más rápida que la que pueda conseguir el teniente Ferguson e incluso el propio FBI…, a menos que ellos se pongan también a pensar inmediatamente…, lo que ya, a estas alturas, es lo menos que podrían hacer. Pero hasta mañana no se podrá hacer

nada. ¿Estás cansada?

—Francamente, sí.

—Lo comprendo. Es muy tarde, has conducido quinientos kilómetros, luego todo esto… A ver si encontramos pronto el hotel…

CAPÍTULO IV

Rebeca se estaba duchando cuando oyó la voz de Abraham en la habitación, llamándola.

—¡Estoy en el baño, Abe! ¡Un momento!

Y continuó duchándose. De pronto, miró hacia la puerta del cuarto de baño, y respingó al ver allí a Lippton, que la contemplaba con socarrona sonrisa.

—Buenos días, bella Rebeca —saludó Abraham—. Espero que te hayas dado cuenta de que luce un sol espléndido.

Rebeca consiguió salir de su sobresalto, y pasó rápidamente a la irritación.

—¡Oye, no te parece que eres muy fresco! —exclamó—. ¡Me estoy duchando!

—Ya te he oído. Y como todo el mundo, acostumbras a hacerlo desnuda. Caramba, tienes un cuerpo precioso. ¡Si no estuvieras llena de jabón te lo besaría!

—¡Desde luego que eres un fresco! —increpó Rebeca.

—Vaya, mujer, no te lo tomes así. El próximo día me visitas tú en mi habitación, y quedamos empatados. Aunque te advierto que mi cuerpo no es tan bonito como el tuyo.

Rebeca vaciló, y por fin comenzó a sonreír.

—Creo que eso es discutible —dijo—. Son puntos de vista: quizá a mí me gustase más tu cuerpo que el mío.

—¿Me desnudo para que tengas una idea? —ofreció él.

—¡No! —Rió Rebeca—. Haz el favor de estarte ahí quietecito y dime qué urgencia te ha impulsado a entrar aquí.

—¿Urgencia? Ninguna. Simplemente, quería verte desnuda.

—Abe, anoche me pareciste más formal, cuando nos despedirnos con un beso en la puerta de mi habitación.

—Anoche no era momento de ciertas cosas. Y no es que diga que éste sí sea el momento, pero —se sentó en el taburete, sin dejar de

mirarla—, me gusta verte. Espero que no te moleste.

—Si he de ser sincera, no mucho —admitió Rebeca.

—Estupendo. Pero sigue, sigue enjabonándote y todo eso.

—Termino enseguida.

Rebeca continuó extendiendo por su espléndido cuerpo la espuma del gel, observada atentamente por Abraham, que encendió un cigarrillo. Rebeca tenía los pechos preciosos, altos, redondos, turgentes; los pezones parecían dos pequeñas fresas. El vientre y las caderas mostraban una esbeltez magnífica, y las piernas eran largas y bien torneadas. Su vello era rubio.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —murmuró Rebeca.

—Lo siento. Estaba pensando que podrías hacerme un favor.

—¡Oh, vamos. Abe…!

—No esa clase de favor —sonrió él—. Se trata de que deberías regresar a Los Angeles, a tu casa, y esperar allá ciertas noticias que te enviarán unos amigos míos. Sería un gran favor, cariño mío.

Rebeca se quedó mirándolo fijamente. Luego, desprendió de su cuerpo la espuma, bajo un denso chorro de agua templada. Cerró el grifo, y señaló una toalla en su soporte.

—¿Quieres alcanzarme esa toalla, por favor?

—Cómo no.

Abraham se puso en pie, le alcanzó la toalla, y sonrió cuando ella comenzó a secarse, haciendo brincar sus preciosos senos. Rebeca se colocó la toalla de axilas para abajo, y salió de la bañera. Sólo entonces dijo:

—¡Y un cuerno!

—¿Qué cuerno?

—No pienso dejarte solo en esto. ¡Y no me vengas con trucos, Abe!

—¿Trucos? Te aseguro que en cuanto solucionemos esto tú serás la más beneficiada, en lo que a mí respecta. Haré cualquier cosa que pueda ayudarte a conseguir esos setenta u ochenta mil dólares que la Survival ha ofrecido…

—¿De verdad lo harías? —Sonrió Rebeca.

—Naturalmente.

—Entonces, si quieres alejarme de aquí es sencillamente porque ves la cosa un poco peligrosa, y temes que me ocurra algo… ¿Es eso?

—¿Eh? ¿Qué?

—¡Vamos, Abe, no soy ninguna tonta! ¡O es juego sucio por tu parte, o es un modo de protegerme, de asegurarte de que nada va a ocurrirme, de que me mantendré al margen de los acontecimientos peligrosos! ¿Cuál de las dos cosas?

—¿Quieres casarte conmigo? —gruñó Abraham.

—Estoy empezando a pensar que no me iría nada mal aceptar un hombre como tú —susurró la muchacha, colgándose de su cuello—. Gracias, Abe.

—Bueno, entonces esta misma mañana puedes emprender el regreso a Los Ang…

No pudo decir nada más, porque Rebeca, colgada de su cuello, le besó en los labios. Luego, susurró:

—No regreso a ninguna parte. Hicimos un trato, y ambos vamos a respetarlo. ¿Cuál es la siguiente pista?

—Va a ser un poco laboriosa.

—No me importa. Ni a ti tampoco. Abe, quiero que lo entiendas: no vas a convencerme para que te deje solo.

—De acuerdo. Y ahora, tomemos una decisión… O te vistes y nos vamos en busca de esa pista…, o yo también me desnudo y nos quedamos aquí todo el día.

—Me vestiré en un momento —rió ella.

—¿Puedo seguir mirando?

—¡No!

—Caramba —dijo Abraham, llevándose una mano a una oreja—, ¡hace un viento que no se oye nada!

* * *

—Buenas tardes, señora —saludó sonriente Abraham—. ¿Vive aquí Daisy Lowell?

—Sí… Es mi hija. ¿Qué ocurre?

—¿Está ella en casa?

—Sí.

—Nos gustaría charlar unos minutos con ella. Soy Abraham Lippton, y la señorita Hornflower —señaló a Rebeca— me acompaña en unas encuestas que estamos realizando entre los jóvenes de esta zona residencial. Nos gustaría entrevistar a Daisy, señora.

—¿Qué clase de encuesta?

—Es usted una dama encantadora —sonrió Abraham—. Tan encantadora y reposada, que sin duda tiene usted más de dieciocho años. ¿Me equivoco?

La señora Lowell quedó pasmada. Luego, sonrió.

—Si tengo una hija de diecisiete años, señor Lippton, está claro que mi edad ha rebasado los dieciocho.

—Ahí está la cuestión. La encuesta es para jovencitas entre los catorce y los dieciocho años. Nosotros conversamos con ellas, y luego son ellas las que deciden si comentan la encuesta con sus padres. Espero que lo comprenda usted, señora.

—Más o menos. Bueno, avisaré a Daisy. Pasen, por favor.

Los condujo al salón, y los dejó solos. Un minuto más tarde, Daisy Lowell apareció en el salón, cerró la puerta, y miró con recelo a uno y otro. Abraham y Rebeca estaban fuertemente impresionados, pero ambos supieron ocultarlo perfectamente. Daisy Lowell tenía un largo cabello oscuro, precioso, y unas piernas muy bonitas; vestía muy bien, como correspondía a la posición que indicaba vivir en aquella zona. Pero… tenía el rostro picado de viruelas, o algo así. Abraham pensó en lo poco corriente que seria que aquella muchacha hubiera tenido la viruela, pero las evidencias no podían alterarse. En el rostro lleno de diminutos hoyos que lo convertían en una máscara rugosa, los azules ojos de Daisy Lowell destacaban fríamente.

—¿Ustedes quieren hablar conmigo?

Su voz era un tanto áspera, seca; incluso fría. Abraham se las arregló para sonreír.

—Es un placer conocerte, Daisy. Yo soy Abraham, ella es Rebeca. Espero que tu madre te habrá…

—¿Qué encuesta es ésa?

Abraham apretó un instante los labios. Muy bien, si la muchacha quería una conversación directa y escueta, él también sabía moverse en aquel terreno.

—No es ninguna encuesta. Hemos dicho eso para tranquilizar a tu madre. En realidad, hemos llegado hasta ti buscando a alguna persona que pudiera hablarnos de la procedencia de los fetiches.

Una leve palidez se evidenció en el picado rostro de Daisy.

—¿Los qué? —susurró.

—Tengo la certeza de que sabes lo ocurrido a tus amigas y vecinas Mary Tracy y Alice Benton. Lo han publicado los periódicos, lo han dicho por radio y televisión, y, además, en Salinas, y sobre todo en este barrio, no se habla de otra cosa. ¿Estás enterada?

—Sí.

—Muy bien. La policía está buscando por un lado, y nosotros por otro.

—¿Qué es lo que buscan?

—Desde las diez de la mañana estamos conversando con vecinas y amigas tuyas. Hemos conseguido saber que algunas de ellas, como Alice y Mary, tienen fetiches. Finalmente, hemos podido saber que los han conseguido por mediación tuya. Será tonto por tu parte que quisieras negarlo. Incluso nos han enseñado algunos de los fetiches.

—Eso no es cierto… ¡No es cierto!

—Ya sé que sólo os los mostráis entre vosotras, pero tengo un gran poder de persuasión, aunque no sea muy amable: les he dado a elegir entre hablar conmigo o avisar a la policía. Lo mismo te digo a ti. ¿Hablas con nosotros o nos vamos y dentro de cinco minutos tienes aquí a la policía?

—Por favor… ¡no hable tan alto!

—Perdona —Abraham bajó la voz—, ¿y bien?

Daisy se acercó a ellos, mirando hacia la puerta, que había tenido a su espalda.

—Aquí no, por favor —susurró—. Tenemos que hablar en otro lugar.

—De acuerdo. ¿Dónde quieres que nos encontremos dentro de un rato?

—No sé… Bueno, podríamos encontrarnos en la Casa del Pastor. ¿Saben dónde está?

—Ni idea.

—Es un pequeño cobertizo que tiene más de un siglo, y que utilizaban los pastores de ovejas entonces. Está entre Salinas y Seaside, a la derecha de la carretera. La verán a unos doscientos metros después de dos millas en dirección a Seaside. El camino que sale de la carretera no es muy bueno, pero se puede ir en coche hasta la casa.

—Bien. ¿Dentro de media hora?

—Denme una hora. Tengo que terminar de arreglarme, y no

demostrar prisa. Mi madre siempre me está preguntando cosas… Llegaré en mi motocicleta dentro de una hora. ¿Está bien así?

—Por nosotros, sí. En cuanto a ti, sería una tontería que nos citases en vano. Volveríamos aquí como rayos, Daisy.

—Iré, iré… ¡Pero no hablemos más de esto aquí, por favor!

—Hasta luego, entonces.

* * *

En efecto, vieron a unos doscientos metros a la derecha de la carretera la Casa del Pastor. Un camino apenas aceptable salía de la carretera, y Abraham, que conducía el coche de Rebeca, lo enfiló, lentamente. Habían tenido tiempo incluso de tomar unos cafés en un parador a la salida de Salinas y llegaban con cinco minutos de adelanto.

Abraham, que iba mirando el polvoriento camino, sonrió de pronto.

—Me parece que este lugar debe ser muy frecuentado por los jóvenes.

—¿Por qué lo dices? —Lo miró Rebeca—. ¿Por las huellas de ruedas de coche y motocicletas?

—¡Cásate conmigo, Rebeca!

Ella sonrió, mirando también las señales en el camino.

—Seguro que vienen muchos por aquí, a pasar un ratito distraído… ¡No lo digas, Abe!

—¿El qué?

—Que si tuviésemos tiempo también nosotros podríamos pasar un ratito distraído mientras esperamos a Daisy.

—No iba a decir nada de eso.

—¿Ah, no? —Pareció decepcionarse Rebeca.

Se echaron a reír los dos. Recorrieron lentamente los doscientos metros, quizá algo más, que separaba la carretera de la llamada Casa del Pastor. Abraham detuvo el coche a la relativa sombra de un roble más grande que unos cuantos más, diseminados. Lo señaló cuando se apeó.

—Seguro que éste tiene también cien años.

—O más —dijo Rebeca—. Esperemos que Daisy sea puntual. Hace mucho calor aquí.

Quedaron silenciosos. Les llegaba, muy leve, el rumor de los

automóviles que circulaban por la carretera en dirección a Salinas o procedentes de ésta hacia Seaside y Monterrey. Hacía calor, verdaderamente. Fumaron un cigarrillo. Cuando terminaron, Abraham miró su reloj, y frunció el ceño, pero fue Rebeca quien expuso la idea de ambos:

—¿Crees que nos ha tomado el pelo?

—Podría ser. Esa clase de chicas me pone nervioso.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Estoy hablando de Mary Tracy, Alice Benton y esas amigas suyas que también les compraron fetiches a Daisy. ¡Fetiches! ¡Si al menos fueran de esos fetiches que representan graciosos dioses barrigudos, o extraños demonios africanos, o cosas del vudú…! Pero hace falta ser especial para comprar esta otra clase de fetiches. Y eso, a los quince, dieciséis, dieciocho años… ¡De verdad, no entiendo a esa clase de muchachas!

—Vamos, Abe, es normal que se «enamoren» de muchachos guapos como Kirk Sullivan, o el espiritualizado cantante Ross Pellman, o el guapo y viril Ned Connolly… bueno, de todos ésos. Se sienten atraídas por esa clase de hombres triunfadores en un sentido u otro, y que también en un sentido u otro, despiertan sus deseos subconscientes. Son «fans» de éste o de aquél, eso es todo.

—Muy bien, y yo entendería que Daisy, por ejemplo, se acostase en cuanto pudiera con Kirk Sullivan, Ross Pellman, o cualquier otro chico guapo, famoso, o que, de un modo u otro, la ha chiflado… Eso lo entiendo. ¡Pero llevar en un frasco un testículo de Sullivan me parecería un fetichismo repugnante!

—Pues mucho me temo que eso es lo que hacen —musitó Rebeca.

—Entonces, me alegro de no ser famoso. Oh, está bien, sé que es una broma estúpida, Y somos estúpidos, desde luego, por haber aceptado esta cita, ya pasan diez minutos de la hora.

—Ella viene en motocicleta. Quizá haya tenido alguna dificultad. ¿Por qué no caminamos un poco, y quizá te tranquilices?

Echaron a andar. Apenas rodear el viejo cobertizo vieron la motocicleta. Se quedaron los dos como clavados al suelo, y acto seguido cambiaron una rápida mirada. Luego, miraron alrededor, vivamente, en busca de Daisy Lowell, pero no parecía que hubiese nadie por allí, Abraham pensó por un momento que quizá en

aquella moto habían llegado un par de jovencitos que estaban haciendo el amor dentro de la semiderruida Casa del Pastor, pero lo desechó enseguida. Los habrían oído a ellos, y quizá, antes que ser sorprendidos en pleno acto, lo que siempre es muy molesto, habrían decidido marcharse…

—No te muevas de aquí —murmuró Abraham.

Dejó a Rebeca mirando la motocicleta, y retrocedió hacia la fachada de la pequeña construcción sin puerta. El interior estaba oscuro. Abraham tuvo que inclinarse para no golpearse la cabeza con el dintel. Una vez dentro, la oscuridad parecía aclararse, al no estar deslumbrado por el sol.

Tardó tres segundos en ver a Daisy.

Es decir, en identificar como un cuerpo humano aquello que se veía apoyado en la pared. Dio otro paso más, y enseguida se arrepintió. Daisy estaba como clavada a la pared, de pie, separados los brazos y las piernas, completamente desnuda; a sus pies se veían los restos de su bonito vestido, tan inadecuado para viajar en motocicleta.

Otros dos segundos más tarde. Abraham Lippton vio las cabezas de los enormes clavos que clavaban a Daisy a la pared por las muñecas. Por las muñecas, porque no tenía manos. Ni orejas. Ni…

Abraham se volvió, y vomitó. Salió del cobertizo tambaleándose, lívido. Le zumbaban los oídos, la cabeza le daba vueltas… Sentía un frío espantoso en todo el cuerpo, como si la carne se le hubiera convertido en cera helada.

Rebeca apareció ante él.

—Abe, he visto… ¡Dios mío! ¿Qué te pasa?

Abraham se alejó corriendo como pudo, hacia el roble, y volvió a vomitar, o al menos, manifestó las protestas biliosas de su estómago. Rebeca miró hacia el cobertizo, miró hacia Abraham…, y tuvo el buen sentido de dirigirse hacia éste, que tenía los ojos llenos de lágrimas, de náuseas…

—Abe… ¿qué has visto?

—No entres… ahí —jadeó él—… ¡No entres ahí, Rebeca!

Ella asintió, se metió en el coche, y regresó junto a él, tendiéndole una caja de pañuelos de papel.

—Por el amor de Dios —tartamudeó Abraham, limpiándose—. ¡Por el amor de Dios!

—¿Ella está ahí? ¿Está… muerta?

—Tal como la han dejado… sería mucho peor que estuviese viva…

Se sentó en el suelo, apoyándose en el tronco del roble, a su sombra. Rebeca se sentó a su lado. Abraham aspiró hondo.

—Te diré lo que ha pasado —murmuró—. Ella avisó a alguien de nuestra intromisión, y le dijeron que muy bien, que viniera aquí enseguida, para recibir instrucciones de lo que debía decirnos sobre su participación en la venta de fetiches. Ella… vino enseguida. La estaban esperando. Y la… la… Rebeca, tienes que volver enseguida a casa, no quiero que sigas en esto. Lo que han hecho con esa muchacha es un aviso, ¿lo entiendes? Ellas saben quiénes somos nosotros, y nosotros hemos perdido la pista.

—Tal vez no —dijo Rebeca—. Ven.

Se puso en pie, le tomó de una mano, y tiró de él, Abraham se puso en pie, y ella le condujo de nuevo ante la moto. Señaló el suelo, junto a la máquina. Allá, en la tierra, había señaladas unas letras, posiblemente con un palo, o una piedra. Letras y números. Pudo leerlo, por fin. Decía:

FETISH-PARTY. 1660, Seaside Road

—Fiesta del Fetiche en el 1660 de Seaside Road —murmuró Rebeca—. Yo lo encuentro muy significativo. ¿Recuerdas que Daisy iba muy bien vestida? Para una chica de esa edad, no llevar tejanos es casi un trauma. ¿Qué ropa lleva puesta ahora?

—Un… Bueno, ya no la lleva puesta. Sí, el mismo bonito vestido que llevaba en su casa.

—Seguramente, se estaba preparando para ir a una fiesta… Incluso dijo algo sobre esto: creo que dijo que tenía que terminar de vestirse…, no, de arreglarse. ¿Lo recuerdas?

—Sí… Sí. Pero quizá esto no lo haya escrito ella. Aunque quizá sí. Sí, es posible… Ella vino aquí confiada, pero debió ver algo que la asustó…, que le hizo comprender que la iban a matar. Y entonces, escribió esto en el suelo para nosotros. Sabía qué la iban a matar, como habían matado a Mary Tracy y Alice Benton…, y quiso vengarse de ellas.

—¡De ellas! ¿Insistes en lo de tus tres viejecitas?

—O tres jovencitas. ¡No sé! Claro que también hay hombres en

esto. Anoche, tres hombres intervinieron en… ¡tres hombres! Bueno, ya sería demasiado, ¿verdad? Una cosa es que unas jovencitas puedan luego disfrazarse de ancianas, y otra cosa que siendo hombres pudieran parecer tres preciosas jóvenes, las Three Moons. O sea que… disponen de asesinos, está claro. Rebeca, quisiera hacerte comprender…

—¡No pienso volver a Los Angeles! Y no insistas más, te lo ruego… ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tenemos que llamar al teniente Ferguson a Salinas, y decirle que venga aquí discretamente… Bueno, él sabrá atender esta parte del asunto. Buscaremos un teléfono y le diremos que venga aquí.

—¿Y qué haremos nosotros? —insistió Rebeca.

Abraham Lippton suspiró profundamente.

—No sé.

—¿Estás pensando que deberíamos mostrarle al teniente Ferguson el mensaje? —señaló Rebeca el suelo.

—Creo que eso sería lo sensato. Pero si hacemos eso, se va a organizar un alboroto tremendo. Y eso podría precipitar las cosas. Yo todavía tengo la esperanza de que Ned Connolly esté vivo…, y tengo que encontrarlo.

—Podríamos… interesarnos nosotros por esa fiesta del fetiche, sin decirle nada a Ferguson.

—Ni siquiera sabemos dónde está Seaside Road, ni a cuál se refieren. Casi todas las localidades costeras tienen una avenida llamada así.

—Si —asintió Rebeca—, pero nosotros estamos a muy poca distancia de una localidad que además de ser costera se llama precisamente Seaside. Quizá en Seaside está la avenida llamada Seaside Road. Podemos buscarla, echar un vistazo al lugar numerado con el 1660, y según lo que veamos hacemos una cosa u otra.

—Déjame pensarlo bien… De momento, lo más urgente es llamar al teniente Ferguson.

CAPÍTULO V

El 1660 de Seaside Road, en la localidad de Seaside, efectivamente, era una casa amplia, hermosa, con un bonito jardín delantero que continuaba por los lados, sin duda para ocupar una zona más íntima en la parte de atrás.

En la tranquila avenida había varios coches estacionados. Sus propietarios, que habían ido llegando partir de las ocho de la noche, habían entrado todos en la casa en cuestión, y todavía llegaban más… Más invitados, sin duda, a la Fiesta del Fetiche.

—Me pregunto —susurró Rebeca— qué clase de fiesta puede ser ésa, Abe.

Abraham bajó los pequeños gemelos que había comprado en Seaside aquella misma tarde, cuando apenas llegar localizaron la casa, y decidieron alejarse de ella hasta que oscureciera, lo cual había sucedido pocos minutos antes. Ahora, los dos dentro del coche de Rebeca, Abraham utilizaba los gemelos para ir mirando a los invitados. No conocía a ninguno, lo cual no le pareció en absoluto sorprendente.

Pero lo que tenía entre malhumorado y excitado a Abraham era que su llamada al capitán Prince, de Los Angeles, efectuada poco antes, había confirmado sus sospechas: el coche «Chrysler» azul oscuro había sido encontrado entre Los Angeles y San Pedro, abandonado. Era un coche de alquiler, y una sencilla investigación de los hombres de Prince había arrojado el siguiente resultado: una dama de unos cuarenta años, llamada Sarah Fowles lo había alquilado hacía tres días. ¿Qué más? Pues, nada más.

Sarah Fowles. Otro nombre que nada significaba en la lista, como no significaban nada los nombres de Lucy, Agatha y Rosie Morrison, es decir, las Three Moons; como no significaban nada los nombres de las tres viejecitas llamadas Betty, Sally y Molly Devonshire que habían estado alojadas en el Neptunus Motel donde

había sido hallado el mutilado cadáver de Kirk Sullivan, el cual había utilizado el falso nombre de John Dexter… Ningún nombre significaba nada. Si acaso, el del hombre muerto por su propio compañero en el hospital de Salinas, pero esa pista la había desdeñado definitivamente Abraham.

Así que sólo tenía la que significaba aquella casa en el 1660 de Seaside Road, a la que estaban llegando personas que de momento tampoco significaban nada para Abraham Lippton.

—Podemos imaginarlo —dijo por fin Abraham.

Rebeca, que casi había olvidado su pregunta ante el prolongado silencio de Abraham, lo miró.

—¿Qué?

—Que podemos imaginarnos la clase de fiesta que puede ser. De un modo u otro, aparecerán fetiches…, es decir, órganos amputados a alguien famoso.

—Los dos últimos han sido Ned Connolly y Kirk Sullivan… ¿Crees que… aparecerán en esa fiesta sus…, bueno, parte de sus…?

—No lo sé.

—¿Y cómo esperas saberlo?

—Una solución muy razonable sería volver a buscar contacto en Ferguson, y decirle lo que sospechamos. Pero si hacemos tal cosa, como ya dijimos, la policía invadiría esa casa.

—¿Y eso sería malo?

—Si ahí está lo que todos buscamos, no. Pero… ¿y si la fiesta es normal y corriente?

—Pero Daisy Lowell escribió eso cuando temía que la mataran, según tu teoría. También dijiste que podía querer vengarse de esa gente y por eso nos dejaba la pista. Claro que he estado pensando en otra cosa.

—¿Qué cosa? —La miró vivamente Abraham.

—La dirección bien pudo escribirla en el suelo uno de los asesinos, para atraernos a una trampa.

Tras unos segundos de reflexión, Abraham negó con la cabeza, musitando:

—No. Si hubieran querido matarnos, podrían haberlo hecho allí mismo, en la Casa del Pastor. Sólo tenían que esconderse y esperarnos. Además, de un modo u otro, era demasiado riesgo tendernos esta clase de trampa, pues cabría esperar que nosotros

avisáramos a la policía.

—Entonces, tu teoría primera es la buena: fue Daisy quien nos dejó esa pista.

—Debemos suponerlo así… Parece que ya no llegan más coches.

Volvió a mirar con los gemelos, y se dedicó a esto durante cinco o seis minutos más. La circulación era muy escasa en aquella parte de Seaside. Frente a las casas de la avenida se veía el mar. Abraham guardó los gemelos en la guantera.

—Voy a echar un vistazo —dijo con tono resuelto—. Y según lo que vea, haremos una cosa u otra.

Rebeca se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir «echar un vistazo»? —exclamó—. ¿Adónde vas a echar ese vistazo? Si entras en la casa te verán, y puesto que seguramente te conocen…

—No voy a entrar en la casa —gruñó Abraham—. Me las arreglaré para llegar al jardín de la parte de atrás, y desde allí quizá consiga ver u oír algo.

—Es una locura, pero está bien, iremos a…

—¡Nada de iremos! Tú te quedas aquí… ¡Y no me repliques! Además, es mejor que no vengas conmigo. Si dentro de veinte minutos no estoy de vuelta, avisas a Ferguson. ¿Está claro?

—Sí, pero no me gusta.

—Pues eso es lo que vamos a hacer, porque yo quiero saber de qué va la cosa antes de llamar a Ferguson arriesgándome a meter la pata. Hasta luego. ¡Y no te muevas de aquí!

Abraham salió con gesto brusco del coche, y pasó a la otra acera, en la que estaba la casa. Había otras casas en la misma acera, más o menos parecidas a la del número 1660; todas tenían jardín delantero, y los senderos laterales que llevaban al de atrás. Abraham buscó una casa cuyas luces no estuvieran encendidas, y recorrió el sendero de la derecha, hasta el jardín de atrás. Había una piscina. La sorteó, y segundos después saltaba la blanca valla de madera que separaba las dos parcelas.

En la siguiente casa había luces encendidas. Por la ventana de la cocina vio a una mujer, y enseguida, a un hombre. Él llevaba puesto un delantal, y se disponía a fregar platos. Reían los dos… Ah, la apacible vida americana de las películas…

Tuvo que saltar cinco vallas más hasta llegar al jardín de atrás

de la casa que le interesaba. Había luz en la cocina. Tres mujeres conversaban… Abraham oyó la música. ¿Y si era una fiesta más o menos… insólita, pero inocente en el fondo?

Miraba fijamente a las tres mujeres, que al poco abandonaron la cocina, llevando unas bandejas. La luz quedó encendida y dio unos pasos hacia la ventana abierta…

—Buenas noches, señor Lippton.

Quedó como petrificado. Acto seguido, una risa le estremeció.

—¿Sabe? —dijo otra voz femenina—. ¡Es usted un hombre de recursos ilimitados! ¿Cómo ha podido encontrar este lugar?

—Como todo —dijo una tercera voz femenina—, lo que más sorprendidas nos tiene es que no haya venido usted con un batallón de policías. ¿Va usted armado, señor Lippton?

Abraham aspiró profundamente.

—No —replicó.

—Mejor para usted. Oh, no tema, puede volverse: no vamos a sentirnos molestas por eso.

Abraham se volvió lentamente. De momento, sólo vio tres pares de puntos relucientes, que enseguida identificó como las córneas de otros tantos pares de ojos. Acto seguido, distinguió el contorno de los tres cuerpos femeninos.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿Cómo están las bellas Three Moons?

—¡Es usted fantástico! —exclamó una de las mujeres, adelantándose—. Realmente admirable, señor Lippton.

Éste la miró. Las otras dos también se adelantaron. Llevaban unos vestidos que habían pasado desapercibidos en la oscuridad relativa del jardín, y que ahora Abraham pudo distinguir como rojos. Las tres mujeres eran de raza negra. Cuando se detuvieron a un par de pasos de él pudo ver sus bellos rostros sonrientes como en una mueca mal conseguida.

No tenían nada de siniestras; al contrario, eran preciosas…, pero Abraham sintió un escalofrío. ¡Qué bonitas eran! Altas, esbeltas, cuerpos flexibles, piel reluciente… Las tres llevaban un peinado del más puro estilo afro, formando una aureola de diminutos rizos en torno a la cabeza. Parecían gemelas… Sí, podían ser gemelas.

—¿Merecemos su aprobación, señor Lippton?

—Físicamente, sí.

—¡Ah! ¿Eso quiere decir que en algún otro sentido no somos…

atractivas para usted?

—Temo que no. ¿Cómo debo llamarlas?

—Como usted prefiera.

—En ese caso las llamaré Molly, Sally, Betty…, aunque no tengan ahora aspecto de simpáticas viejecitas.

—Señor Lippton, si hay algo que realmente nos encante es un hombre inteligente. De verdad. Y como en sus palabras creemos haber percibido un cierto tono… admirativo, le damos las gracias.

—No se apresuren a mostrarse agradecidas conmigo: me he propuesto aniquilarlas.

Las tres se echaron a reír. Abraham estaba pensando desesperadamente; sabía que las tres negras debían tener un juego oculto que les permitía mostrarse tan seguras de sí mismas. Sí, seguramente, desde otras zonas oscuras del jardín dos o tres hombres le estaban apuntando con sus pistolas… Eso debía ser.

—¿No quiere incorporarse a la fiesta, señor Lippton?

—Presiento que no va a ser de mi agrado.

—No sea de mal agüero. Nuestras fiestas siempre son… entretenidas. Venga, por favor. Tomaremos una copa de champaña. ¿Le parece bien?

La negrita que había hecho la invitación se dirigió hacia la puerta de la cocina que daba a aquella parte del jardín. Las otras dos se tomaron de los brazos de Abraham, con gesto simpático, alegre, y lo llevaron hacia la cocina, y de allí hacia el interior de la casa. La música se oía mejor ahora. Y risas. A Abraham Lippton un escalofrío le iba y otro le venía.

Y uno más intenso que los anteriores lo estremeció cuando, apenas entrar en el salón, vio a Rebeca sentada en un extremo del salón, en el sofá, con un hombre a cada lado. La muchacha estaba pálida, envarada. Cuando le vio a él se quedó mirándolo con expresión de angustia. Abraham sentía que la cabeza comenzaba a darle vueltas. En un instante, comprendió lo ocurrido: los habían estado viendo, habían esperado a ver qué hacían, y en cuanto él pasó a los jardines de atrás, los dos tipos fueron a por Rebeca, y las tres negras lo esperaron a él… ¡Buena situación!

Cuando miró a las tres negritas captó sus sonrisitas amablemente irónicas. Eran unas sonrisas como… como petrificadas, como si les costase trabajo mover los músculos faciales. Llevaban peluca. Sí,

llevaban peluca las tres, es decir, que aquéllos no eran sus cabellos naturales. Y su piel estaba teñida. No eran negras…

—La perspicacia de sus ojos nos inquieta, señor Lippton —rió Molly—. Pero esperamos que su inteligencia le haga comprender lo delicado de la situación de usted y de la encantadora señorita Hornflower. Tenemos la impresión de que a usted no le gustaría que le ocurriese nada malo. ¿Acertamos?

—Sí.

—Muy bien. Eso tranquiliza el ambiente. Venga, señor Lippton: charlaremos un rato.

Se dirigieron al extremo del salón donde, cerca del sofá, había varios sillones. Sally y Betty ocuparon dos de ellos. Abraham se sentó en otro, y Molly se sentó en el brazo del sillón ocupado por Abraham.

Éste, tras dirigir una mirada a Rebeca, se interesó por el resto de los presentes. Había parejas de edad madura, y algunas chicas jóvenes sin pareja, al parecer. Todo transcurría del modo más amable y tranquilo que se pueda imaginar. Se charlaba, se tomaba champaña o refrescos, la música ambientaba las charlas… Debía haber no menos de treinta personas, en total. Tres bellas jovencitas ataviadas con una graciosa bata corta azul celeste iban de un lado a otro portando bandejas con bebidas. Una de éstas se acercó, sonriente, y ofreció la bandeja a Abraham, que tomó una copa.

—La casa pertenece a unos amigos que están de viaje, y que tuvieron la amabilidad de cedérnosla mientras tanto para estas simpáticas reuniones —dijo Sally, frente a Abraham—. Esto le hará comprender, señor Lippton, que nuestros invitados son todos gente de dinero.

—¿El suficiente para comprar fetiches?

—Por supuesto.

—Me pregunto cuánto piden por uno de sus fetiches. Porque no creo que los vendan baratos, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿cómo pueden adquirirlos muchachas como Mary Tracy. Alice Benton… y Daisy Lowell?

—Son todas ellas muchachas muy espabiladas; Se las arreglan muy bien para conseguir dinero.

—¿De qué modo? Acepto que estas personas adultas tengan

cantidades adecuadas, pero esas chicas de quince años…

—Digamos que prestan… servicios. En principio, nosotras reclutamos chicas como Daisy Lowell, un tanto… especiales, y las convertimos en encargadas de zona. Las chicas como Daisy conocen bien a sus vecinas, saben qué gustos tienen, cómo viven… Y claro está, las envidian a todas.

—¿Quiere decir que las encargadas de zona suelen ser muchachas poco… afortunadas en el físico, como Daisy? ¿Eso es lo que provoca su envidia?

—Y generalmente, su odio. La pobre Daisy tiene el rostro…

—Tenía —susurró Abraham, pálido.

—Cierto: *tenía*. Bueno, tenía el rostro en condiciones poco favorables para llevar una vida normal. Sus emociones son las mismas que las de las otras chicas, pero no pueden… satisfacerlas. Ningún muchacho les ofrece llevarlas en su coche por ahí, para pasar un rato agradable, y en general, tampoco son muy bien recibidas entre sus compañeras de barrio, de colegio, de universidad. Los humanos, señor Lippton, somos muy crueles. Mucho hablar de la bondad y todas esas cosas, pero cuando alguien es feo o deforme, o desagradable en algún sentido, procuramos mantenernos alejados de esa persona. Espero que haya usted observado eso.

—Sí —tuvo que admitir Abraham—… Eso es cierto. La mayoría de las personas carecemos de generosidad y comprensión, nos mostramos crueles precisamente con quienes más afecto y camaradería necesitan.

Se dio cuenta de que las tres negritas le estaban mirando con una fijeza extraña, silenciosas. Sus miradas eran relucientes, penetrantes. Y había en ellas algo… estremecedor. Tenían los ojos hermosos y grandes, pero…

—¿Usted es generoso y comprensivo en ese sentido, señor Lippton? —preguntó de pronto Sally.

—Siempre he procurado serlo, pero no voy a intentar convencerlas de que soy un ser angelical. Es más que posible que, aunque sin intención, haya sido cruel en alguna ocasión. No lo sé.

—Pero nunca lo habría sido de modo premeditado, ¿verdad?

—No. Nunca.

—Eso nos gusta mucho de usted —dijo Molly—. Y posiblemente

le otorgará algún privilegio en nuestras relaciones. Mientras tanto, hablemos de las muchachas como Daisy Lowell. O son feas o contrahechas o han padecido alguna enfermedad que las ha dejado marcadas o taradas en alguna manera… Se sienten desdichadas, al principio. Mas en el fondo, lo que sienten con más intensidad es rencor, que muy pronto, se convierte en odio hacia las personas que no las tratan como ellas quisieran: odian a sus compañeras bonitas, a sus amigos que no las llevan a hacer el amor en su coche, a sus vecinos que les dirigen miradas entre compasivas y de repulsa… Se sienten diferentes, se sienten solas…, y entonces, odian. Nosotros elegimos a estas chicas como encargadas de zona, porque sabemos que harán todo lo que puedan para vengarse de quienes las rehúyen, o las compadecen, o sienten repulsión hacia ellas. Solamente dos veces nos equivocamos, pero eso es un porcentaje ridículo, comparado con las muchas chicas como Daisy Lowell que han aceptado formar parte de nuestra… sociedad.

—¿La sociedad de los fetichistas?

—No. En este juego intervienen dos bandos, señor Lippton. Uno de los bandos lo formamos nosotras tres, algunos… empleados muy fieles, y las muchachas como Daisy Lowell. El otro bando lo forman nuestros clientes.

—Digamos que el bando de ustedes es el bando vendedor y el bando de sus clientes, lógicamente, es el bando comprador.

—De acuerdo. Nosotros ofrecemos cosas que el bando comprador desea: emociones, placeres y fetiches. Sobre todo, buscamos a los que desean fetiches, porque son los que más dinero están dispuestos a pagar. Le pondré un ejemplo… Supongamos que la señora X está loca por acostarse con Kirk Sullivan; pero la señora X tiene cincuenta y ocho años, no es muy agraciada, su voz es desagradable, y, en suma, sus posibilidades de llevarse a la cama a un hombre como Kirk Sullivan son prácticamente nulas. Nuestras encargadas de zona, por medio de sus compañeras de colegio o barrio, saben estas cosas. Nos indican las personas adecuadas. Nosotros vamos a ver a la señora X y le decimos; ¿le gustaría a usted, señora, tener el… miembro viril de Kirk Sullivan para usted sola? Las reacciones son diversas, pero al final no tenemos problemas. Pagan lo que pedimos por el pene de Kirk Sullivan, y luego, las menos afortunadas, se conforman con un dedo, o una

oreja…, y otros… órganos de su cuerpo. Nosotros se los envasamos adecuadamente, se los entregamos, y cobramos. Luego, seguimos manteniendo una cordial relación, por si en adelante les interesa algún otro fetiche… Tenemos clientes muy buenos, señor Lippton. Algunos matrimonios tienen colecciones muy interesantes. Por ejemplo, ella tiene diversos órganos de hermosos jóvenes, y él tiene recuerdos de los cuerpos de encantadoras actrices, cantantes, modelos… De cuando en cuando, hacemos una fiesta como ésta, y todos se muestran sus… preciados tesoros. A veces, intercambian. Si la señora X ya está aburrida de contemplar el pene de Kirk Sullivan en su frasco de formol, lo cambia por una oreja de Ross Pellman, pongo por caso, o por otra cosa. Y lo mismo los caballeros. Si el señor X está aburrido de contemplar determinados órganos de la bella Lili O'Hara, lo cambia por otro encanto de otra preciosa jovencita. Supongo que entiende usted todo esto.

Abraham, que tenía la sensación de que su cabeza era de corcho, asintió con un gesto, y preguntó:

—Todavía no me han dicho cómo obtienen dinero las jovencitas para comprar sus fetiches.

—La mayoría de esas jovencitas no son precisamente angelicales, señor Lippton. Entienda usted que para interesarse por esa clase de «recuerdos» hay que estar un poco trastornado. ¿No cree?

—Yo diría que sí.

—Los mayores son no poco sádicos, ¿verdad? En cuanto a los jóvenes, viven de un modo desquiciado, trastornado. Son histéricos, posesivos, exigentes, implacables. Ah, ¿no pueden tener a Ross Pellman o al conjunto The Sharks para satisfacer sus deseos? Muy bien, ¡pues que se mueran esos cabritos!, y claro, mueren. Y ellas compran encantadas sus amuletos, sus fetiches. ¿De dónde sacan el dinero? De sí mismas. La mayoría de ellas se prostituyen, en ocasiones en nuestras fiestas, con clientes adinerados, y así obtienen para adquirir sus fetiches, o sus drogas, sus vicios en general…

—Me está pintando usted un cuadro repugnante de la vida en general —jadeó Abraham.

—Pues así son las cosas, señor Lippton. Nosotros no las hemos

hecho: sólo nos aprovechamos de ellas. Mire, esas tres jovencitas que están sirviendo bebidas saben que Kirk Sullivan va a ser ofrecido esta noche, y como no disponen de dinero en estos momentos, están dispuestas a cualquier cosa con tal de obtener alguna porción del cuerpo del bello actor. Harán lo que sea. Y así, la mayoría. Ah, sí, señor Lippton, son hermosas, pero impacientes, implacables, crueles. No saben esperar, no tienen compasión, no admiten que la vida pueda ser algo más que gozar de ella como se les ocurra, caiga quien caiga. Por eso, las chicas como Daisy Lowell las odian…, y aceptan encantadas convertirse en sus… introductoras en el mundo de los deseos satisfechos a cualquier precio. Saben que acabarán degradadas, humilladas, heridas, y así es como adquieren su triste goce las chicas como Daisy. Si, cada cual goza a su manera. Todos los que usted ve aquí, son fetichistas. Y los pagan muy bien.

—¿Y cómo gozan ustedes?

—Cobrando —rió ásperamente Betty.

—¿Y matando?

—También —admitió Sally—. Por eso nos decepcionó tanto el asunto de Kirk Sullivan. Como a los demás, teníamos preparado todo para llevárnoslo después de anestesiado, pero sucedió que entonces aparecieron aquel grupo de jóvenes, y comprendimos que nos verían salir de la cabaña de Sullivan si teníamos que cargar con él. De modo que… procedimos a recoger los fetiches que podía proporcionarnos, y nos fuimos sigilosamente, dejando el resto del cuerpo. ¡Pobre Sullivan! ¡Fue al Neptunus Motel bien engañado! Le enviamos una fotografía nuestra diciéndole que queríamos ser suyas las tres a la vez, y que además, aceptaríamos trabajar gratis en su película siguiente, dándole un aire… de exotismo, algo diferente. Y nos vio tan hermosas en la fotografía, que no pudo resistir la tentación de acudir al Neptunus muy discretamente. Naturalmente, recuperamos la fotografía que le enviamos. Fue una jornada desquiciada por culpa de aquellos jóvenes alborotadores.

Abraham Lippton permanecía con la cabeza baja, la copa de champaña en una mano. Junto a él veía las piernas espléndidas de Molly, en el brazo del sillón. Sobrecogido, pensaba en cuanto estaba oyendo, en la clase de personas que hay en el mundo, en lo… grotesco y horrible que llega a ser el ser humano, la fauna humana.

En algunos instantes pensaba que aquello no era real, que lo estaba soñando…, pero allá estaban Sally, Betty y Molly.

Y un poco más allá, mirándole con expresión tensa, angustiada, estaba Rebeca. ¿Qué esperaba de él? ¿Un milagro? Sabía que la situación era irreversible: ni ella ni él saldrían vivos de aquella casa. Debía haber varios hombres por allí, al servicio de las tres negras…

—¿Qué piensan hacer con nosotros? —preguntó de pronto.

—Nada malo —sonrió Betty—. De momento, les vamos a invitar a presenciar una de nuestras subastas.

—¿Qué?

—Subastas. Ya veo que Daisy no tuvo tiempo de hablarles de esto. Fue una chica lista y fiel, a pesar de todo.

—Pues el premio que le dieron ustedes no me parece adecuado, en ese caso.

—Ah, señor Lippton, ¿qué es la vida? ¡Nada! Al menos, las de nuestros semejantes —Sally se echó a reír—, ¡las nuestras sí son importantes para nosotras, pese a todo!

—*¿Pese a todo?* ¿Qué quiere decir?

—Termine su copa, señor Lippton. Puesto que ha transcurrido ya bastante tiempo sin que suceda nada tras el percance sufrido por usted y por la señorita Hornflower, sabemos que han venido solos, así que procederemos. La verdad es que estábamos preocupadas, charlando y charlando mientras esperábamos que algo malo pudiera sucedemos. Pero no. Usted ha sido tan amable de venir solo, así que, ya tranquilizadas, vamos a proceder a la subasta.

—Se va usted a divertir —sonrió Molly.

CAPÍTULO VI

—Me temo que no —replicó adustamente Abraham—. ¿Puedo hablar un momento con la señorita Hornflower?

—¿Qué tienen ustedes que decirse a estas alturas? —rió Molly.

—Cosas nuestras.

—¿De amor? —rió más fuertemente Molly.

Abraham había ladeado la cabeza para contemplarla, sentada todavía a su lado en el brazo del sillón. Tenía, como las otras dos, un rostro hermoso, pero aquellos ojos seguían produciéndole un profundo desasosiego, un lento frío interior.

Preguntó a su vez:

—¿Le sorprendería a usted que dos personas hablasen de amor?

—¿Existe el amor? —preguntó Molly.

—Eso parece significar que ustedes no lo conocen —murmuró Abraham—, lo cual resulta muy sorprendente.

—¿Por qué?

—Porque unas muchachas tan encantadoras, sean negras o sean blancas, deben tener algo que ver con el amor. A menos que haya en ellas algo… especial que se lo impida. Desde luego, no puede ser la ausencia de belleza, pues a ustedes les sobra. Entonces, ¿qué es? ¿Qué les impide creer que existe el amor?

De nuevo se le quedaron mirando las tres, fijamente. Cerca de ellos, se oían risas, comentarios… Seguía la música. Un pequeño grupo de fetichistas estaban mostrándose sus fetiches, los frascos de cristal pasaban de mano en mano. A oídos de Abraham llegó una voz masculina sugiriendo un cambio de fetiche, que al parecer fue aceptado.

—Puede usted conversar con la señorita Hornflower mientras nosotras lo preparamos todo —dijo por fin Molly—. Pero, señor Lippton, si intentan escapar serán muertos a balazos. Vulgar, pero definitivo.

—Está bien.

Las tres negras se alejaron de Abraham, que se puso en pie y se acercó al sofá. Los dos hombres que acompañaban a Rebeca captaron el gesto de Molly, y los dejaron solos. Abraham se sentó junto a la muchacha.

—¿Y ahora? —gruñó—. ¿No estarías mejor en Los Angeles?

—No puedes ser tan cruel conmigo, Abe —casi gimió ella—. ¡No pude evitarlo! Aparecieron de pronto…

—No te reprocho que te dejases atrapar —rechazó él—, porque en ese aspecto yo he sido tan tonto como tú. ¡Ojalá no me hubiera dejado convencer y te hubiera enviado a Los Angeles! Pero, en fin, ya no tiene remedio. Lo que vamos a hacer ahora tiene que salir bien, Rebeca, así que escúchame con atención…

—¿Qué habéis estado hablando?

—Eso no importa ahora. Ya lo sabréis, cuando avises a Ferguson y al FBI y todos vengan a esta casa para…

—Espera, espera —exclamó contenidamente Rebeca—. ¿Cómo voy a poder avisar a la policía y al FBI?

—Porque vas a escapar de aquí. Escucha bien, Rebeca: en el momento oportuno, yo voy a atraer sobre mí la atención de todos los asesinos de esas tres… encantadoras criaturas. Las voy a atacar con una furia que todos sus asesinos no van a tener más remedio que dedicarse a mí. Pero, seguramente no lo harán de modo exclusivo más de tres o cuatro segundos. En esos segundos teóricos, tú tienes que haber salido de aquí a toda carrera; si es necesario, y yo creo que sí, te quitas los zapatos, porque siempre correrás más y mejor descalza que con tacones altos. Pero atiende bien: seguramente, afuera hay más hombres, así que…

—Abe —sonrió de pronto Rebeca—: estás perdiendo el tiempo.

—¿Por qué? Mi plan podría…

—No me iré sola de aquí. Hicimos un trato, y los dos vamos a llegar juntos al final, sea cual sea.

—¿Estás loca? —mascculló Abraham.

—No. Tenía la profunda sospecha de que me había enamorado de ti en cuanto te vi, pero me resistía a admitirlo, hablando en serio. Ahora, tú mismo has complicado las cosas, con tu actitud: acabo de convencerme definitivamente de que te amo.

—¡Pues vaya momento has elegido! Mira, Rebeca…

—Mi respuesta es no. Y te advierto que cualquier locura que tú intentes yo te imitaré, de modo que ten mucho cuidado con lo que haces. Si tú atacas, yo atacaré.

—¡Estás loca, decididamente! ¿No comprendes que si hay alguna oportunidad de terminar con esta gente cuanto antes consiste en que al menos tú escapes y avises a Ferguson…?

—No lo haré.

—¡Rebeca, ya me estás…!

La música cesó de pronto. Abraham se dio cuenta de que Molly le estaba mirando con fría fijeza.

—¿Podemos contar con su atención…, o al menos con su silencio, señor Lippton? —pidió con fría amabilidad.

Abraham no contestó; se limitó a soltar un gruñido. Las palabras de Molly habían atraído la atención de todos hacia ella. Sally y Betty terminaban de instalar un proyector orientado hacia una de las paredes, en la que una de las muchachas-camarera estaba colocando una pantalla portátil.

—Gracias, señor Lippton —dijo Molly—. Gracias a todos por su atención. Bien, damas y caballeros, como ustedes saben, nos hemos reunido hoy en esta casa, como las anteriores veces en otras, para proceder a la subasta de nuevos encantadores fetiches que no dudamos serán del agrado de todos. Nos gustaría, y lo hemos dicho otras veces, poder invitarles a nuestra morada privada, pero eso, además de imprudente, quizá no les sería grato a ustedes. Preferimos ir utilizando las casas que ustedes tan generosamente nos ofrecen, y, como siempre, haremos un especial fetiche obsequio a quienes nos han brindado su hospitalidad esta vez. A su vuelta, les será entregado el fetiche…

—¿Por qué nunca podemos reunirnos en su morada? —Preguntó una mujer de unos cincuenta años—. ¡Nos encantaría!

—Me parece que no, señora Sparrow —sonrió de aquel modo rígido Molly—, y ustedes lo saben bien, porque en nuestra morada es donde procedemos al… desguace de la pieza que ha de ser luego subastada en porciones, así que el ambiente de allí no les agradaría. Precisamente, hoy traemos la película de uno de los… desguaces, para que, una vez más, ustedes comprendan que les vendemos fetiches auténticos. Y una cosa es ver la película montada, y otra cosa seria presenciar la… operación… completa. Si ustedes y sus

talonarios de cheques están dispuestos, vamos a empezar. ¿Alguna pregunta?

Se oyeron algunas risas nerviosas. Rebeca agarró las manos de Abraham, que notó heladas las de la muchacha. Como las suyas propias.

—Si he entendido bien —susurró él—, será mejor que no mires, Rebeca. Lo que…

—¿Señor Lippton? ¿Por favor? —pidió Molly.

Abraham apretó los labios. Las ventanas habían sido cerradas. Las luces fueron apagadas, excepto una lámpara de pie de un rincón. La luz no molestaría demasiado la proyección del filme, pero era más que suficiente para que los asesinos de las tres negras pudieran vigilar perfectamente a Abraham y Rebeca.

—Como ustedes bien saben, debido a imprevistos, tuvimos que realizar el desguace del bello Kirk Sullivan sobre el terreno, de modo que no vamos a poder ofrecerles esa filmación. Pero, disponemos de la película de otro importante, hermoso, viril e interesante personaje de gran prestigio, sobre el cual no dudamos que más de alguna de nuestras estimadas amigas habrán tenido sueños y deseos. Me estoy refiriendo a Ned Connolly, el importante político relanzado a la vida política de la nación tras una hábil maniobra que ha mejorado su imagen pública. El señor Connolly…

Abraham cerró los ojos. Estaba lívido. Había fracasado… ¡Si lo que él pensaba era cierto, había fracasado, ya jamás podría rescatar a Ned Connolly, por la sencilla razón de que estaba muerto! Lo habían matado, lo habían… desguazado en piezas…

—… No obstante, además de las piezas del señor Connolly vamos a ofrecerles también las de Kirk Sullivan. Lo hemos traído todo cuidadosamente preparado para su inmediata entrega, como es costumbre. Pero, veamos ahora la sesión de cirugía en la que queda bien claro que nuestros fetiches son genuinos.

Apareció la primera imagen.

Ned Connolly, completamente desnudo, estaba tendido sobre una mesa de operaciones que en absoluto merecía figurar en el más rudimentario de los quirófanos, pero que, indudablemente, serviría para el caso que les ocupaba. Anestesiado, Ned Connolly mostraba toda su belleza de animal fuerte y sano, pero de un modo que a Abraham se le antojó patético.

La imagen cambió, mostrando ahora a tres preciosas jóvenes rubias ataviadas con batas blancas, sosteniendo diversas piezas de quirófano.

—Esas somos nosotras —rió Betty—, bajo otro aspecto, uno más de los que ustedes conocen. Recuerdo ahora una anécdota respecto al desguace de Ned Connolly que les hará gracia: justo en el momento de la primera incisión para desguazar el fetiche que más suele interesar a las señoras, se produjo una sorprendente reacción típicamente masculina que nos dejó asombradísimas a las tres. ¿No es cierto, queridas?

—Fue sorprendente e increíble —rió Sally.

Rebeca apoyó su frente en un hombro de Abraham.

—Dios mío —gimió—. ¡Oh. Dios, Dios mío!

Abraham parecía una estatua. Sólo sus ojos se movían en una y otra dirección, escrutando los rostros de los fetichistas reunidos en aquella Fiesta del Fetiche, una más. Su mente estaba obsesionada con la pregunta: ¿Era posible lo que estaba viendo, era posible que hubiese personas capaces de disfrutar de la película que se les iba a ofrecer, gente capaz de comprar luego a altos precios los órganos de una persona que había sido horrorosamente asesinada y descuartizada…?

Cuando en la pantalla apareció la imagen de la primera incisión en el cuerpo de Ned Connolly, Abraham Lippton cerró de nuevo los ojos. Su estómago pareció saltar cuando oyó las exclamaciones de admiración en el salón. Otra vez sentía que la cabeza le daba vueltas. Conseguía no ver nada, y quería también conseguir no oír nada, pero esto no era tan fácil, no era fácil cerrar los oídos, tenía que hacer un esfuerzo para no escuchar…

Lo fue consiguiendo a ratos, por algunos segundos. Entonces tenía la impresión de que su cabeza quedaba como encerrada dentro de un saco de tupido entramado, que se sofocaba. Tenía agarrotados los músculos del cuello. De cuando en cuando le llegaban algunas palabras que hacían referencia a uno de los fetiches conseguidos del cuerpo de Ned Connolly. Abrazada a él, Rebeca lloraba contenidamente, crispadas sus manos.

Y, de pronto, todo el horror que sentía Abraham Lippton explotó.

Se puso en pie de un salto, casi derribando a Rebeca.

—¡Miserables criminales! —aulló—. ¡Voy a acabar con todos vosotros…!

Se lanzó en dirección a las tres negras con tal potencia, velocidad y fiereza que Molly, Sally y Betty se sobresaltaron, gritaron espantadas, y se apartaron de junto al proyector, que saltó por el aire cuando uno de los hombros de Abraham chocó contra él. Abraham comenzó a dar manotazos y puñetazos en todas direcciones, pero con la idea fija de alcanzar a las tres negras, que corrían sin dejar de gritar, buscando ahora protección en la masa de fetichistas, que a su vez se apresuraba a disgregarse para escapar a la furia explosiva de Abraham.

De pronto, éste se encontró solo en el centro del salón. Frente a él, tres hombres armados de pistolas le apuntaban. Volvió la cabeza, con un gesto fiero, y vio a los otros dos.

—Muy bien —jadeó—. ¡Comenzad a disparar, canallas!

Saltó hacia los tres que tenía delante, con las manos tendidas como garras…

—¡No lo matéis! —Oyó la orden de Molly—. ¡Lo queremos vivo! ¡Cuidado con la muchacha…!

La reacción de Abraham le perjudicó: volvió la cabeza hacia donde había quedado Rebeca, y la vio corriendo hacia él, como queriendo formar un frente común.

—¡No! —gritó—. ¡Rebeca, tú no…!

Los dos hombres que habían estado tras él cayeron sobre su espalda, y uno de ellos rodeó su cuello con un brazo, en una presa fortísima. Abraham agarró la ropa de aquel brazo, y se inclinó hacia delante, tirando de ella. El hombre lanzó un grito de espanto y de incredulidad cuando salió proyectado por encima de Abraham, sin que su presa al cuello de éste sirviera de nada.

—¡Abe! —Gritaba Rebeca—. ¡Abe…!

La vio un instante, cuando la agredían algunas jovencitas.

En ese momento, Abraham sintió el tremendo impacto en los riñones, y cayó de rodillas, con la sensación de que tenía una lanza atravesando completamente su cuerpo. Todavía tuvo reflejos para colocar ante él los antebrazos, cruzados, deteniendo así el puntapié que iba directo a su estómago. Giró una mano, asió el pie, y tiró hacia arriba… El hombre saltó, y cayó de espaldas, gritando.

Abraham se puso en pie en el momento en que otro de los

criminales llegaba ante él. Disparó el puño, alcanzando al hombre en pleno rostro, y derribándolo dos metros más allá, como un muñeco. Recibió un puntapié en el bajo vientre, y se dobló hacia delante, demudado el rostro.

Acto seguido sintió un tremendo impacto en la espalda, que lo abatió de bruces.

Y enseguida, un golpe en alguna parte de la cabeza le llenó ésta de miles de puntitos luminosos, que desaparecieron enseguida, siendo sustituidos por la oscuridad.

Una densa, total oscuridad, en la que se sumergió como si fuese un baño de tinta helada…

Por fin, toda sensación desapareció.

* * *

La primera sensación fue de estar flotando.

Flotaba en un vaivén extraño, que le recordaba algo… Sí, exacto, eso era: flotaba como si estuviese en una barquita sobre un mar agitado. ¿Estaba en el mar? No recordaba nada. Simplemente, estaba en el mar, en una barquita, flotando, dando bandazos de un lado a otro. Pero era extraño, porque el mar era azul, quizá verde, a veces gris…, y en cambio, la tonalidad que había en torno a él era como… como carmesí. Sí, era como si el color del mundo, de la vida, fuese carmesí. Todo era de color carmesí. ¡Estaba dentro de un globo de color carmesí, exactamente!

De pronto, comenzaron a aparecer destellos de otros colores. Blanco, amarillo, ocre…

De muy lejos le llegó la voz femenina:

—Se está recuperando de la anestesia.

La anestesia.

Estaba anestesiado.

Es decir, lo habían anestesiado, pero ahora se estaba recuperando, estaba despertando, estaba volviendo en sí, volvía a la realidad de la vida. De nuevo vio los otros colores. El color carmesí se iba disolviendo.

La anestesia.

Sentía ahora como un levísimo y lejanísimo zumbido en sus oídos. Como una extraña, desconocida nota musical sostenida, interminable.

De nuevo los colores blanco, ocre, amarillo.

Una luz.

Había una luz sobre él. Una luz cegadora, enorme. Apretó los párpados, y la luz se atenuó. De nuevo oyó una voz femenina, pero no la misma de antes.

—Baja un poco la intensidad de la lámpara. Está abriendo los ojos.

—Me parece que no va a gustarle lo que va a ver —se oyó una risa, también femenina.

Un profundo y lento terror sobrecogió a Abraham Lippton. Su cerebro todavía funcionaba, y envió a todos los músculos de su cuerpo la orden de encogerse, replegarse. Tuvo la sensación de que se convertía en un caracol que se escondía en las profundidades de su concha. Era un caracol marino, que se encogía, se escondía, se replegaba, y se dejaba caer hacia la profundidad de los mares. Ah, sí, allá abajo estaría seguro. Allá abajo no se veía nada, no se oía nada…

—Dentro de unos minutos estará plenamente consciente —oyó.

¡Oh, no! ¡No quería oír nada! ¡Nada, absolutamente nada, nada, nada, nada…!

—Vamos mientras tanto a preparar a la muchacha.

Abraham regresó a toda velocidad de aquella profundidad oscura y fría. ¡La muchacha!

¿Rebeca?

Abrió de nuevo los ojos. Sobre él había una enorme pantalla de quirófano, pero la luz había sido atenuada todavía más. Se sintió como envuelto en sol.

—Re… beca… —llamó.

Le pareció que todo lo engullía el silencio. Volvía a sentir la sensación de estar meciéndose, flotando, pero ahora muy, muy suavemente. Comenzó a distinguir formas borrosas, distorsionadas, unas opacas, otras brillantes.

—Rebeca —murmuró.

Sentía una laxitud increíble. Como si su cuerpo fuese de plomo. Su cuerpo. Súbitamente aterrado, lo escuchó, lo recorrió mentalmente, buscando sensaciones en puntos determinados. No sentía ninguna sensación determinada en ningún punto especial. No sentía nada. No sentía su cuerpo. Volvía aquel suave, lento zumbido

que parecía una nota musical sin fin… El sopor fue llegando lentamente. A mucha distancia, como si su mente fuese una cavidad enorme, flotaba la imagen de un rostro de mujer. Ah, era una chica encantadora. Bellísima. La vio desnuda. Se estaba duchando, y le sonreía. Tenía rubio el vello del pubis ¡Qué bonita era!

Mientras se hundía en un sueño sosegado, la imagen de Rebeca Hornflower se fue disolviendo…

CAPÍTULO VII

Abrió los ojos.

—¿Qué tal, señor Lippton?

Ladeó la cabeza, y vio a la preciosa muchacha pelirroja. Más que preciosa. Era bellísima. Pero… la veía por triplicado. Debía estar soñando, o viendo visiones, o… Respingó, y sus ojos se abrieron más, se desorbitaron.

—Me parece que nos ha reconocido, aunque ahora no seamos negras —rió Molly.

Abraham miró uno a uno los tres rostros. No, no eran idénticos, pero casi. Parecían como cincelados por el mismo artista, pero, evidentemente, éste no había conseguido la igualdad absoluta entre los tres.

—En efecto, señor Lippton —dijo Sally—: somos sus tres amigas: Molly, Betty, Sally… ¡Seguro que nos recuerda!

Rieron las tres.

—¿Dónde… dónde está… Rebeca? —susurró Abraham.

—Olvídela. Nunca más volverá a verla.

Abraham tragó saliva. ¿Qué querían decir exactamente? ¿Que nunca más volvería a verla viva…, o que nunca más volvería a verla… entera?

—¿Dónde está? —insistió.

—Nuestros colaboradores la están admirando. Queríamos prepararla para desguazarla, pero nos han solicitado que antes les permitamos… un cierto disfrute de la pieza. Esto es corriente aquí. No sé si me entiende.

—No… No entiendo… No.

—Digamos que antes de proceder al desguace de la pieza se procede a un previo estudio de la misma, a un reconocimiento visual para apreciar mejor sus posibilidades de desguace. Y claro está, antes de proceder a éste, la pieza es… utilizada de modo

satisfactorio.

—¿La van a violar… sus asesinos?

—Olvídela, créame. Sus vidas ya se han separado. Es como si usted y la señorita Hornflower jamás se hubiesen conocido. Haría bien en pensar en usted mismo.

—¿Dónde estamos, qué… qué me ha pasado?

—Ésa ya es una conversación más razonable. ¿Dónde estamos? Pues, en una hacienda de nuestra propiedad, que hace tiempo ocupamos como tres simpáticas y maduras viudas. Estamos a unos treinta kilómetros de la Costa, entre Los Angeles y San Francisco. Es un lugar… agreste y tranquilo. Y nunca tenemos visitas.

—¿Cómo hemos… llegado hasta aquí?

—¡Qué pregunta tan chocante! —exclamó Sally—. En automóvil, claro está. Usted y la señorita Hornflower viajaron anestesiados. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Bien… Me encuentro bien.

—¿De verdad? —Explotó en risas Molly—. ¡Eso es muy sorprendente, teniendo en cuenta lo que le ha pasado!

—¿Qué… qué me ha… pasado…?

—Vea, señor Lippton, qué nuevos fetiches vamos a incorporar a nuestra colección privada.

Las tres a la vez alzaron una mano, mostrando el frasco que sostenían. Abraham miró con expresión horrorizada el contenido de los frascos, y palideció horrorosamente.

—¿Eso… eso es mío? —jadeó.

—Era suyo. Ahora es nuestro. ¿De verdad se siente usted bien, no le duele nada…, no le duele… entre las ingles, señor Lippton? Pues es bien extraño, teniendo en cuenta lo que le hemos extirpado.

—No… ¡No! —Sollozó Abraham—. ¡No, no, noooo…!

—Vamos, no se lo tome así —sonrió rígidamente Sally—. De todos modos, ya no le iba a servir de nada. Nos hemos repartido los tres componentes del… conjunto masculino, y, como ha dicho Molly, incorporaremos estos nuevos fetiches a nuestra colección privada.

—¿De verdad no le duele nada? —insistió Molly.

Abraham comenzó a sentir un pinchazo entre las ingles. Se sentía mal de pronto. Oh, sí, sentía aquel pinchazo, ahora. Era como… un latido punzante. Diminuto, pero punzante. Había

comprendido perfectamente lo que le habían extirpado, pero se resistía a admitirlo, no podía admitirlo, ¡no quería admitirlo!

Pero aquel pinchazo en su bajo vientre…

Tragó saliva, y le pareció que todo su cuerpo iba a explotar de angustia. De pronto, su mirada pareció arder.

—Os voy a matar —jadeó—. ¡Os voy a…!

Intentó incorporarse, y sólo entonces se dio cuenta de que estaba sólidamente sujeto a la camilla. Lo único que podía hacer era mover la cabeza a derecha e izquierda. Sólo eso. Comenzó a dar tirones, aullando, y esto pareció preocupar mucho a Molly, Betty y Sally. La primera le dio unos golpecitos amables en el pecho.

—Vamos, vamos, señor Lippton, serénese… No va a conseguir nada con estos esfuerzos, como no sea un colapso cardíaco.

—Os mataré… ¡Os mataré! —Chillaba Abraham—. ¡Os haré pedazos, lo juro, lo juro…! —Me parece conveniente que lo calmemos— dijo Betty.

—Sí, de todos modos teníamos que prepararlo para la próxima intervención. Prepara tú misma una dosis de anestesia, querida.

—No —negó Abraham—. No, no… ¿Qué vais a hacerme? ¡No me hagáis nada más, no me lo hagáis, no me cortéis nada más, no…! ¡No me hagáis nada más, no me lo hagáis, no me cortéis nada más, no…! ¡No, por favor!

—Es usted muy escandaloso, señor Lippton… Así que vamos a comenzar esta vez por la lengua. ¡La utiliza usted demasiado!

—No… No, no, no, no…

Sintió el pinchazo en el brazo derecho, y lanzó un alarido.

El sueño artificial de la droga llegó rapidísimamente.

* * *

Y el proceso se repitió.

Regresó de la anestesia, como flotando en un mar agitado, y vio aquel tono carmesí, los otros colores, sonrió frío y pavor, y cuando, finalmente, regresó a la plena conciencia, se dio cuenta de que estaba sudando a chorro, estaba empapado en sudor.

Recordó de pronto lo que habían dicho que iban a hacerle, y en el acto abrió la boca y gritó:

—¡No!

La negación pareció rebotar en las paredes del rudimentario

quirófano. Quedó aturdido, desconcertado, incrédulo. ¿Era cierto que había dicho «no»? Entonces, podía hablar… ¿O todo era un sueño? Probó a hablar de nuevo.

—No me lo hagáis —dijo.

Lo dijo perfectamente. Hablaba. Sacó la lengua, y se la pasó por los labios. ¡Ah, sí, allá estaba, allá estaba su lengua, no se la habían cortado, como habían hecho con…!

—¡Nooooo…! —aulló.

Casi enseguida oyó el ruido de una puerta, y luego pasos apresurados. Molly apareció en su campo visual, y tras ellas, al instante, Sally y Betty.

—¿Por qué grita tanto? —le amonestó Molly—. Si hace eso va a tener una hemorragia terrible, señor Lippton. Los muñones todavía están muy frescos.

—¿Los… los… muñones…? —jadeó Abraham.

—Sí. Cambiamos de opinión, y le dejamos la lengua. Nos divierte conversar con usted, en el fondo. En cambio, no necesita las manos para nada.

Un fortísimo calambre sacudió todo el cuerpo de Abraham Lippton, que quedó mudo de espanto. La siguiente sensación que tuvo fue la de que todos sus cabellos se ponían de punta.

—No —gimió.

—¿Quiere ver los fetiches? —ofreció Sally, riendo.

—No… ¡No!

—De acuerdo, entonces. Vamos, cálmese. Aunque usted no lo crea, hay quien está viviendo en peores condiciones físicas que usted. Se lo aseguro.

—Nada de esto es verdad —susurró Abraham—. Nada es verdad, no es cierto, es todo una pesadilla, una alucinación, ¡nada de esto es verdad! ¡Nada!

—Claro, claro —le sonrió Sally—. Nada es cierto.

—No… No es cierto… No es cierto.

—Claro que no.

Abraham suspiró profundamente.

—No es cierto —dijo una vez más—. Estoy… soñando… Se durmió.

* * *

—¿Tiene apetito, señor Lippton?

Se quedó mirando a Sally, que había aparecido junto a él.

—No sé —murmuró.

—¿No lo sabe? ¡Algo debe usted sentir, hombre!

—Siento… dolor en las manos y en el… bajo vientre.

Sally se echó a reír. Cerca de ella sonaron más risas. Molly y Betty aparecieron a su lado, riendo.

—¿Sabe, señor Lippton? —Dijo Molly—. ¡Es usted verdaderamente aprensivo! ¡Y muy sugestionable!

—¿Qué… quiere decir?

—Pero hombre, ¡si no le hemos cortado nada!

—¿No?

—¡Nada en absoluto! Sin embargo, para demostrarle la fragilidad de la mente humana se lo hemos hecho creer… ¿Y cuál ha sido su reacción? Pues, experimentar dolor donde usted cree que se han producido amputaciones.

—¿No me han cortado… nada?

—Desde luego que no. A nosotras nos gustan los fetiches enteros. Así que, por favor, serénese, recóbrese, y coma algo… ¡Nos gusta que nuestros fetiches estén en buenas condiciones!

—¿Estoy… entero?

—¡Qué obsesión! ¿Quiere comprobarlo?

—Sí —Abraham tragó saliva—. Sí, quiero, sí.

—Muy bien.

Le soltaron las abrazaderas que sujetaban sus muñecas. Abraham se sentó en la camilla con una poderosa flexión de cintura. Estaba desnudo, así que comprobó enseguida que todo estaba normal en sus órganos genitales. Y tenía las manos. Estaba perfectamente. Aspiró hondo, y se dejó caer. Permaneció con los ojos cerrados unos segundos, perdió la noción del tiempo.

De pronto, abrió los ojos, y miró a las sonrientes fetichistas.

—¿Y Rebeca? —musitó.

—Ella ha sido sometida al mismo proceso de terror que usted, para que comprenda cuál debe ser su comportamiento mientras los tengamos aquí como fetiches.

—No comprendo esto.

—Primero los sometemos a este proceso de espanto. Luego, les dejamos ver que están perfectamente. Y acto seguido les decimos

que todo se convertirá en realidad si ustedes no se muestran… amistosos.

—Amistosos —murmuró Abraham.

—Sí, amistosos. ¿Le gustaría ver a la señorita Hornflower?

—Sí… ¡Sí!

—Está bien. Pero, señor Lippton, si vuelve a intentar algo parecido a lo de la otra noche en Seaside, está advertido: lo que ha sido hasta ahora sólo un proceso mental, será realidad física, se lo amputaremos todo. Y no piense que podrá escapar de este lugar. Es imposible. ¿Lo entiende?

—Sí.

—De acuerdo. Suéltale los pies también Betty.

Sintió que le soltaban los pies. Estuvo unos segundos inmóvil. Luego se sentó en la camilla. Frente a él, de pie, las tres preciosas muchachas le contemplaban expectantes. Abraham vio sus ropas sobre una silla, se acercó, y comenzó a vestirse. Se sentía bien, pero, ciertamente, algo débil. Tenía hambre. Y sed. Mucha sed.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? —murmuró.

—Algo más de dos días, solamente. Debe tener apetito.

—Tengo hambre.

Las miró, y sonrió. Ellas se sorprendieron por su sonrisa. Luego, sonrieron también, de aquel modo tan peculiar. Ahora eran pelirrojas, y tenían los ojos verdes. Debían utilizar pelucas y lentillas de contacto como quien se cambia de camisa. Podían ser tres chicas rubias, tres ancianas, tres negras, tres pelirrojas, una mujer de edad madura que alquila un «Chrysler»… ¡Qué facilidad para el disfraz!

—Cuando ustedes quieran —dijo.

—No habrán más avisos, señor Lippton.

—Descuiden, sé lo que me conviene.

—Así lo esperamos. Sólo se trata de que sea usted amistoso, como ya le hemos dicho. Igual que los demás. Sólo que como es usted el último, pasa a ser el preferido.

—¡El fetiche preferido! —rió Betty.

Abraham sonrió de nuevo, aunque no entendía nada. Sonreía igual que podría mover un párpado o una ceja. Era un simple gesto.

Salieron del rudimentario quirófano. Había un pasillo, que sólo recorrieron hasta la siguiente puerta. Sally la empujó, y se hizo a un

lado, con gesto invitador. Abraham no perdió el tiempo con gentilezas absurdas. Entró en aquella habitación.

Lo primero que vio fue aquella cosa de cristal, y los hombres que la rodeaban. Era como… una pecera enorme.

Y dentro de la pecera, completamente desnuda, estaba Rebeca Hornflower. No había nada más. Sólo la muchacha. Rebeca vio a Abraham cuando éste se colocó pegado al transparente recipiente de enormes dimensiones, y se puso en pie de un salto, acercándose, colocando las manos como si quisiera tocar a Abraham. Este vio el rostro lloroso de la muchacha, y sintió un nudo en el estómago. Rebeca decía algo, pero no la oía. Miró hacia el borde de la pecera, que casi llegaba al techo. Ni siquiera él podría alcanzar el borde saltando. Rebeca se cubría ahora los senos con las manos. Parecía querer encogerse, desaparecer…, mientras los hombres allí reunidos seguían mirándola.

Abraham miró a aquellos hombres, todos torvos, siniestros. Tenían… algo en común. Algo que Abraham captó de pronto: todos eran feos, o tenían alguna deformidad, más o menos visible. Los contó: siete. No entendía nada, pero algo comenzaba a tomar forma en su mente, algo comenzaba a barruntar. Era una idea que no acababa de concretarse, como si fuese de humo que al menor soplo se desvanecía.

En un rincón de la habitación había una escalerilla de tubos metálicos: como de aluminio. Sólo tenían que colocar la escalerilla junto a la pecera, y descolgarse al interior. Así era fácil…

Abraham se volvió a mirar a Molly.

—¿Qué hacen todos estos hombres aquí?

—Están esperando el momento de jugar con el fetiche nuevo. Pero no tienen prisa. Cuando ya se ha jugado, el juguete pierde mucha parte de su atractivo. Por eso, lo saborean largamente antes de pasar a utilizarlo. Lo mismo hacemos nosotras. Por eso hemos estado jugando con usted.

—Eso significa que en cualquier momento estos hombres pueden entrar ahí, y… abusar de Rebeca.

—Usar, no abusar —rió Molly.

—¿Y luego?

—Oh, los tenemos con nosotros hasta que nos cansamos. Pero de momento no nos hemos cansado de ninguno de nuestros fetiches.

Los vamos alternando en nuestros juegos, y en nuestras contemplaciones.

—¿Y cuáles son los fetiches de ustedes?

—Vamos, señor Lippton… ¿No se lo imagina?

—Lo de Kirk Sullivan fue improvisado. Realmente, aquel grupo de jóvenes alborotadores nos impidieron sacarlo vivo de su cabaña en el Neptunus Motel sin riesgo de ser vistas. Y, además, tuvimos entonces la idea de que si desguazábamos allí mismo a Sullivan, nuestros clientes se convencerían todavía más de que les vendíamos fetiches auténticos.

—¿Pero no son auténticos?

—¡Claro que no!

—Están mintiendo. Tuve ocasión de ver los fetiches de Mary Tracy y Alice Benton…, y eran auténticos: una oreja y un dedo.

—Ah, sí, pero no de quien ellas creían que era.

—¿Y de quién creían que eran?

—De Ross Pellman, el cantante.

—¿Pero no eran de él?

—No —rió Sally.

—¿De quién, entonces?

—Oh, de un hombre cualquiera. Ross Pellman, como los demás, está vivo. ¡Son nuestros fetiches, sólo para nosotras! ¿Quiere usted verlos?

Abraham se pasó una mano por la frente. Lentamente, pero lo iba entendiendo todo. Se estremeció. Las películas que las tres… criaturas mostraban a sus clientes fetichistas estaban trucadas: primero mostraban al verdadero Ross Reliman, o Ned Connolly, o cualquiera que fuese el personaje famoso que tuviera muchas «fans». Pero luego, a quien… desguazaban en la camilla era a otro… Un hombre cualquiera, o una mujer cualquiera. Es decir, que se reservaban como fetiches para su disfrute a los famosos, y vendían como parte de ellos los órganos de otras mujeres y otros hombres. Personas corrientes que eran secuestradas, asesinadas, descuartizadas… y vendidas por piezas dentro de frascos de cristal con formol. Personas corrientes que desaparecían para siempre. Y mientras tanto, los famosos, admirados, idolatrados personajes, estaban allí, en aquella hacienda, convertidos en juguetes de aquellas criaturas, en fetiches vivos…

Era todo tan abominable que Abraham se sorprendió al oírse a sí mismo diciendo, con toda tranquilidad:

—Sí, quisiera verlos.

—Están todos en la Sala General. Sólo cuando son nuevos los tenemos aislados unos días…, hasta que dejan de interesarnos de modo especial.

—¿Y qué harán con ellos y ellas cuando a ustedes y a estos… señores dejen de interesarles completamente?

—Oh, serán incinerados, como los restos de las personas que convertimos en fetiches.

Abraham se dirigió hacia la puerta sin volver a mirar a Rebeca, sentía que las piernas se le aflojaban. Como si fueran de papel mojado. Lo había entendido ya todo, pero todavía se resistía a admitirlo. ¿Estaban locas aquellas tres muchachas? ¿Y los tipos que estaban devorando con la mirada a Rebeca?

Estaban caminando de nuevo por el pasillo.

—¿Por qué hacen esto? —Preguntó de pronto Abraham—. Ustedes son muy hermosas, no entiendo que tengan que hacer estas cosas…

—Queremos lo mejor de todo —dijo Molly—. O mejor dicho, queremos ser las dueñas de todo aquello que más desean las demás personas. Por eso, nos quedamos con sus ídolos, ya sean artistas, políticos, deportistas… ¡Todo lo que más desean todos ahí fuera, eso es lo que nosotros nos quedamos!

—Eso parece… una actitud infantil. O de venganza. ¿De qué podrían vengarse ustedes? Tiene que ser algo muy grande, para que se dediquen a secuestrar personajes famosos… y maten a otros en su lugar, para venderlos por piezas. ¿Cuál es la verdad de ustedes?

—La única verdad, señor Lippton, es que la vida sigue interesándonos, pese a todo.

Pese a todo. Otra vez esto. ¿Qué querían decir…?

—Aquí es —dijo Molly.

Habían llegado al final del pasillo, donde había una gran puerta de doble hoja, que fueron empujadas por Sally y Betty. Enseguida, Abraham vio la gran cantidad de peceras en aquella enorme sala. Estaban colocadas de modo que ocupasen el menos espacio posible, unas junto a otras. Casi todas estaban ocupadas. Dentro de ellas, los desnudos fetiches estaban vueltos hacia la puerta, en silencio,

mirando la visita…

Allá estaba Ross Pellman. Y Gloria De Vries, y Carson McCullough, el deportista, y… ¡Ned Connolly! Abraham consiguió no mostrar interés especial por Ned Connolly, y siguió mirando las demás peceras, los demás fetiches. Era como una alucinante exposición de seres famosos. Si no fuese porque se movían, podía parecer que estaban en un museo de cera. Allá tenía unos seres, que en el exterior eran ídolos de diferentes masas, convertidos en fetiches. Seres tan dispares, tan diversos, que seguramente en la vida normal jamás habrían coincidido en ninguna reunión.

—No perdemos la esperanza de conseguir piezas de más importancia todavía —dijo Molly—. En la actualidad, estamos preparando el logro de dos fetiches muy importantes. Para nuestros colaboradores, conseguiremos a Bo Derek, la nuevo *Sex-symbol* de América. Y para nosotras estamos arreglando las cosas de modo que vengan aquí Robert Redford, y, como… diversión especial, Woody Allen. O quizá Dustin Hoffman. De todos modos, ahora están muy asustados todos los grandes ídolos, y nos ponen las cosas muy difíciles. Pero ya lo conseguiremos, se lo aseguro… ¿Se imagina lo que podríamos pedir por un fetiche de Bo Derek o de Robert Redford…, mientras nosotros los tenemos aquí, disfrutando de ellos al completo, en vivo?

—Sí —murmuró Abraham—, me lo imagino.

—¿Y bien? —Preguntó Betty—. ¿Le gusta nuestra colección de fetiches, señor Lippton?

—Es muy interesante.

—Nos alegra que piense así, porque dentro de poco, cuando haya dejado de ser nuestro fetiche favorito, ocupará uno de esos alojamientos de cristal…, del que como puede usted ver, ni siquiera nuestro famoso atleta es capaz de salir.

—Sí, ya veo. Y en cambio, usted y sus amigos pueden entrar cuando gusten.

—Naturalmente.

—¿Y cómo salen?

—Utilizando la escala articulada que es colocada sólo cuando ya hemos… jugado con nuestro fetiche de turno.

—¿No se arriesgan a que un día uno de ellos se vuelva loco y las estrangule?

—Estrangularía a una, pero quedarían dos… ¿Se arriesgaría usted a eso, señor Lippton?

—No. Creo… creo que no.

—Es mejor que esté seguro. Bien, ahora ya ha visto lo que tanto le interesaba. Ha sido usted muy tenaz en su persecución, y ya ve, ha conseguido conocernos. Aunque no sé si eso…

—Querida, creo que deberíamos dar de comer y dejar descansar a nuestro fetiche favorito del momento —dijo Sally—. Y mientras él descansa, nosotras nos arreglaremos para recibirle… con los brazos abiertos.

—¿Tengo que volver al quirófano? —Se tensó Abraham.

—¿No le gusta?

—La verdad es que no.

—Bueno… ¿Le parecería más confortable… ocupar ya el recipiente que será su morada hasta que pase a la Sala General?

—Prefiero cualquier cosa a volver al quirófano.

—Verdaderamente —rió Molly—, es usted demasiado impresionable. Pero por nosotras no hay inconveniente: a fin de cuentas, donde más seguro estará es en uno de los recipientes. ¡No hay nadie en el mundo capaz de escalar una pared de cristal!

Capítulo VIII

Le habían hecho subir por la escalerilla hasta el borde de su pecera, y luego, descolgarse hacia el interior, quedando un par de segundos colgando del borde. Una vez abajo, salir de allí era realmente una fantasía.

Y sin embargo…

Abraham esperó a que la puerta de la habitación privada se cerrase, y entonces se sentó en el suelo, fija la mirada en el borde de la pecera. No había comido, ni mucho menos, todo cuanto hubiera deseado. Necesitaba estar ágil. Fuerte, alimentado, pero sobre todo, ágil. Lo peligroso comenzaría cuando se diesen cuenta de que él había salido de la pecera. Por eso, necesitaba mostrarse dócil, comportarse de tal modo que todos se relajasen, que lo considerasen a buen recaudo, como a los demás. Sólo así podría intentar algo… Y estaba dispuesto a ello. Estaba dispuesto a todo antes de consentir ser utilizado como un juguete, ser contemplado como un fetiche…, y finalmente ir a parar al crematorio… o ser desguazado para ser vendido por piezas haciéndolas pasar como pertenecientes a… a Robert Redford, o Rock Hudson, o cualquier otro…

Antes moriría que resignarse a esto. Y sabía que Rebeca pensaba lo mismo que él… ¡Rebeca! ¿Estarían todavía contemplándola todos aquellos extraños y horrendos sujetos…, o ya alguno de ellos habría decidido pasar a la acción, al… uso del nuevo fetiche…?

Su impaciencia era tal que esperó menos de lo que había planeado. No debía hacer ni diez minutos que la puerta se había cerrado cuando decidió salir de la pecera. De acuerdo, el magnífico atleta McCollough no lo había conseguido, o quizá ni siquiera lo había intentado. Y si un hombre con la agilidad y musculatura de McCollough no podía salir… ¿cómo podían pensar que él pudiera lograrlo?

¿Cómo podían pensar que él estuviera dispuesto a salir

utilizando el cerebro en lugar de los músculos?

Se fue hacia un extremo de la pecera, que era circular, de base con diámetro inferior al centro; como una bola con la base plana y abierta por arriba. ¡Tenía que poder hacerse!

Echó a correr los pocos pasos que permitía el interior del receptáculo de cristal, y se lanzó de costado, hombro por delante, contra el cristal. La pecera se movió un poco… Tenía que saltar más, tenía que golpear con el hombro más arriba… Volvió atrás, tomó de nuevo carrera, y corrió otra vez hacia la pared cóncava que quedaba frente a él, lanzándose de nuevo contra ella, lo más alto que pudo… La pecera osciló siguiendo el sentido del golpe recibido… Todavía tenía que saltar más. ¡Tenía que golpear lo más arriba que pudiera!

El tercer salto colocó la pecera de modo que, por un instante, quedó en insólito equilibrio sobre el borde la base… Luego, lentamente, regresó a su posición fija y estable. Abraham volvió a colocarse en posición para la carrera. Comenzaba a sudar. Tenía que golpear lo bastante arriba para forzar la pecera hacia el otro lado…

Salió disparado, saltó, golpeó con el hombro en el cristal. La pecera volvió a colocarse en insólito equilibrio, mientras Abraham rebotaba, y con su peso volvía a colocarla en la posición estable. Su rostro relucía ahora de sudor, sus ojos llameaban de ira… y de esperanza. Tenía que salir, tenía que sorprenderlos, tenía que actuar mientras creyesen que estaba allí dentro…

Se lanzó de nuevo contra la pared de la pecera, tan alto y fuerte que ésta, tras aquel instante de insólito equilibrio, comenzó a decantarse hacia la puerta, mientras Abraham volvía deslizándose por el cristal hacia el fondo. Su peso atrajo de nuevo la pecera a la posición normal. Abraham lanzó una imprecación, y se quitó los zapatos y los calcetines. Tenía los pies humedecidos de sudor. ¡Espléndido, perfecto!

Corrió de nuevo, saltó, golpeó… La pecera se decantó, de nuevo comenzó a rebasar la posición estable, de nuevo pareció que fuese a caer con la boca hacia la puerta, mientras Abraham se deslizaba otra vez hacia abajo… Pero esta vez, en lugar de quedarse a la espera de lo que sucediese, empujó la pecera con las manos, se colocó a cuatro pies, y emprendió la escalada… Estaba a punto de

resbalar de nuevo y colocar la pecera en su posición cuando, por fin, consiguió su objetivo: la pecera se decantó completamente, giró como una bola, y él salió despedido de modo que casi salió por la boca con aquel impulso. Rodó hacia el interior, pero ahora la pecera ya estaba volcada.

Un instante más tarde, salía de ella, gateando. Estaba sudando a chorro, pero ahora ya no tenía importancia. Tras atisbar el pasillo, salió. No se veía a nadie, no se oía nada. Se fue directo a la habitación donde sabía que estaba encerrada Rebeca. Empujó cuidadosamente la puerta, en silencio. Si estaban los siete hombres, tendría que organizar su actuación de otra manera. Pero si a Rebeca la habían dejado sola, como a él…

No. No la habían dejado sola.

Dentro de la pecera había un hombre con ella. Los gritos de Rebeca le llegaron a Abraham amortiguados, como rebotando en el techo. La muchacha estaba luchando con el hombre, desesperadamente. Se oía el jadeo de él, sus risas entrecortadas, crispadas… Ninguno de los dos se dio cuenta de que tenían visita. La mirada de Abraham fue hacia la escalerilla, colocada en el borde de la pecera. El hombre no la alcanzaría por sí solo, lo que significaba que tendrían que ayudarlo desde el exterior; es decir, que cuando él terminase, le ayudaría a salir el hombre que ocuparía su lugar… ¿O no era él el primero, y el fetiche llamado Rebeca Hornflower ya había sido… usado?

Abraham se encontró en lo alto de la escalerilla, en el borde de la pecera, mirando al hombre que estaba consiguiendo vencer la resistencia de Rebeca, violentándola, ignorando los gritos de la muchacha, los sollozos, su resistencia…

Cuando se deslizó hacia el interior de la pecera, el hombre no se dio cuenta todavía, y continuó insistiendo en sus casi logrados propósitos. Rebeca sí vio a Abraham, y quedó inmóvil de pronto, mirándole incrédulamente. Su súbita relajación pareció complacer grandemente al sujeto, que lanzó un berrido y se lanzó a la total posesión del espléndido cuerpo que tanto se había resistido hasta entonces…

Abraham lo agarró por los cabellos, dio un tirón, y lo arrancó de allí, lo puso en pie. Su rostro estaba blanco de una furia espantosa, y cuando el hombre, chillando, comenzó a reaccionar

agresivamente contra él, le disparó el puño izquierdo al estómago, y de nuevo al mismo sitio, y otra vez, y otra, y otra… Cuando lo soltó, el hombre se desplomó como un guiñapo. Abraham miró su boca torcida hacia un lado, sus ojos desorbitados y fijos, y comprendió que acababa de matar a un hombre, que acababa de reventarlo a puñetazos…

Rebeca rompió a llorar estruendosamente, y la miró entonces. Todavía temblando de furia, la ayudó a ponerse en pie, la abrazó, y estuvieron así unos segundos. La histeria de Rebeca cedió rápidamente, y alzó la cabeza para mirar a Abraham, que consiguió sonreírle, como una mueca absurda.

—Te ayudaré a subir —susurró—. Luego, me echas la escalerilla aquí dentro, y tú saltas. ¿Podrás hacerlo?

—Sí… Sí, podré, sí.

Pudo. Segundos más tarde, Abraham salía de la pecera, reuniéndose junto a ésta con la muchacha. En un lado estaban las ropas del sujeto que quedaba muerto dentro de la pecera. Abraham encontró entre ellas una pistola, y sus ojos relucieron. ¡Ah, la cosa había cambiado mucho, muchísimo…! Rebeca se estaba poniendo los pantalones del hombre, que recogió en la parte inferior; luego, se puso la camisa.

No se oía nada en parte alguna, salvo la agitada respiración de ambos.

—Tenemos dos probabilidades —susurró Abraham—: si conseguimos llegar a la Sala General y sacar a los demás de las peceras, todo estará de nuestra parte, pues somos más, y con una pistola podemos conseguir más. La otra probabilidad consiste en que nos encontremos con amigos de este tipo antes de llegar a la Sala General. Si así fuese, déjame a mí con ellos, y tú corre hacia la Sala General, para ayudar a los otros a salir… ¡Y esta vez obedéceme!

—Sí… Sí, Abe.

Abraham asintió, y salieron ambos de la habitación. Nadie en el pasillo. Silencio total. Abraham señaló hacia la doble puerta del fondo. Si llegaban allí sin contratiempos, tenían las máximas probabilidades de triunfar en la fuga. Si no…, era imprevisible.

Recorrieron rápidamente el pasillo, llevando Abraham la pistola en la mano derecha y una mano de Rebeca en la izquierda. La doble

puerta fue abierta entre ambos, rápidamente, y los dos entraron en la Sala General.

Allí, en sus correspondientes recipientes, sólo estaban los fetiches…

* * *

Molly se miró al espejo del enorme cuarto de baño con bañera redonda, en la cual todavía se estaban bañando Sally y Betty. Estuvo unos segundos contemplándose, y finalmente dijo:

—Cada día estoy más horrible, ¿no os parece?

En la bañera, Betty y Sally se volvieron hacia ella, mostrando sus rostros al espejo, que reflejó sus facciones como lo estaba haciendo con las de Molly… Unas facciones horrendas, capaces de provocar un susto de muerte al más sereno de los hombres. Estaban llenas de cicatrices, de enormes costurones que parecían brillantes cuerdas de plástico retorcidas. Las bocas se arrugaban hacia los lados, dejando descubierta parte de la dentadura. Las orejas eran apenas como nudos de carne roja, igual que las narices… Ninguna de ellas tenía un solo cabello.

En cambio, sus cuerpos, blancos y tersos, juveniles, eran preciosos, magníficos, maravillosos, de senos altos y vibrantes, vientres lisos, muslos espléndidos… Era como si se hubiesen ensamblado cabezas de monstruos a cuerpos de diosas.

—Dentro de poco —dijo Sally—, tendremos más que suficiente para operarnos.

Molly continuó mirándose al espejo. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Será inútil —susurró—… ¡Será completamente inútil! ¡Oh, malditos juguetes didácticos, malditos…! ¡Y maldita Química!

Betty y Sally se quedaron mirándola. Una vez más, en la mente de las tres apareció la misma escena, la escena inolvidable… Estaban las tres mujeres en el cobertizo de la casa de Molly, a la que le habían regalado un juego de Química, para sencillos experimentos. Sally y Betty, hermanas entre sí y primas de Molly, habían ido a ver a su prima, y a estudiar las tres juntas algo de Química utilizando el juego instructivo. Todo estaba dispuesto sobre la mesa colocada en un extremo del cobertizo. Él juego didáctico tenía instrucciones bien concretas y precisas, así como

determinadas advertencias. Pero ninguna de las tres las aceptó totalmente, y se fueron entusiasmando preparando mixturas, no sólo con el material del juego didáctico, sino con otros que habían traído Betty y Sally. Tenían éstas quince y dieciséis años respectivamente, y Molly tenía dieciséis, como su prima Betty; Eran tres muchachas preciosas, bellísimas. Eran la admiración de la zona residencial donde vivían, en casas cercanas. Eran tan bonitas que todos los muchachos estaban enamorados de ellas…

Y entonces, cuando estaban las tres inclinadas sobre el recipiente en el que trabajaban, sucedió.

Se produjo la explosión, apareció aquella intensa llamarada amarilla que envolvió sus cabezas, que abrasó sus cabellos hasta la raíz, que diluyó sus rostros como si hubiesen sido de cera, que las dejó ciegas… Lo único que se pudo salvar de todo aquello, tras varios meses de clínicas privadas, fueron los ojos, y eso con no poca suerte. Recobraron la visión, aunque no en su totalidad, ni en los dos ojos. Podían ver lo necesario para desenvolverse, pero nada más… Ni siquiera tenían completos los párpados…

Molly sacudió la cabeza, rechazando los recuerdos que no quería tener, pero que volvían, volvían, volvían…

—¿Qué os parecería si recibiésemos así al guapo señor Lippton? —Soltó una carcajada demasiado estentórea, demasiado falsa.

—O a Robert Redford —rió igualmente falsa Betty.

—Dejaros de tonterías —refunfuñó Sally—. Cualquier hombre que nos viese así, quedaría incapacitado para hacernos el amor.

—¡Pero es tan pesado esto de maquillarse! —suspiró Molly—. Deberíamos prescindir de ello al menos cuando estamos aquí. Bastarían unas capuchas… Y cualquiera que viese nuestros cuerpos sí estaría en disposición de gozar con nosotras… y hacernos gozar.

—¿Y qué pasaría si se le ocurriese quitarnos la capucha?

Molly volvió a suspirar. Se colocó unas lentillas de contacto que dio una tonalidad azul a sus ojos. Luego, metió la mano derecha en un tarro de cerámica, del que sacó una densa pasta, un maquillaje especial, de color carne, y comenzó a extenderlo por su rostro. Tenían ya mucha habilidad con aquel maquillaje especial, después de más de siete años de utilizarlo… En menos de cinco minutos, el lado derecho de la cara de Molly cambió completamente. El maquillaje, como un caucho delicado, dócil, de fácil aplicación,

dúctil, iba llenando huecos, ocultando lesiones… La mitad de la cara de Molly, aunque fría, pasó a ser bellísima. Molly tomó otro puñado de maquillaje, y se quedó con la mano ante la parte izquierda de su rostro.

—En el fondo, siempre siento más odio que placer —musitó lentamente—… Incluso en los mejores momentos, cuando tengo en mí a los hombres más deseados del país, y a veces del mundo, siento odio hacia ellos y hacia todo… Si todos hubiesen tenido un poco de piedad por nosotras, quizá las cosas habrían sido diferentes, pero… ¡Aquellas expresiones de horror, y muchas veces de asco, de repulsión, y aquel rehuirnos, aquel vacío que se hizo rápidamente a nuestro alrededor…! Nos quedamos sin amigos, sin nada que valiese la pena… Incluso nuestros padres desviaban la mirada de nosotras si casualmente nos tropezábamos con ellos. Sí, lo que más intensa y profundamente siento es odio. ¿Y vosotras?

Betty y Sally la miraron, y no contestaron. No hacía falta, porque aquella conversación era ya antigua. Las tres estaban devoradas por el odio…, un odio nacido de la crueldad de sus semejantes hacia la desgracia ajena.

—Y todo esto —prosiguió Molly—, no tiene objeto alguno. Lo cierto es que sólo disfruto físicamente…, como una bestia. Pero eso es todo. No se le puede llamar amor a decirle a un guapo actor que me posea, o en caso contrario lo mataré… No tenemos nada, absolutamente nada. Y pese a todo, seguimos aferradas a la vida, que no nos está ofreciendo nada realmente bueno.

—Pero al menos, nos vengamos —dijo fríamente Betty.

—Y quizá pronto podamos operarnos —insistió Sally, comenzando a salir de la bañera.

Su hermana la imitó. Procedieron a secarse mientras Molly, con un puñado de maquillaje especial en la mano, seguía contemplando su medio rostro horrendo y su medio rostro hermoso.

Y de pronto, en el espejo, apareció otro rostro. Molly parpadeó.

¿Qué hacía allí, en el espejo del gran dormitorio de las tres, el rostro de Abraham Lippton?

Se volvió, con tal brusquedad, que con la mano izquierda derribó algo de encima del tocador al suelo. Betty y Sally la miraron sobresaltadas, vieron hacia dónde miraba, y miraron ellas.

En la puerta del dormitorio, Abraham Lippton, pistola en mano,

estaba lívido, desencajado su rostro en una mueca de espanto absoluto.

—Dios —pudo jadear—. ¡Santo Dios…!

Detrás de Abraham apareció Rebeca, y detrás de ésta algunos de los personajes que hasta hacía poco habían sido fetiches guardados en sus grandes estuches de cristal. El gesto de todos era idéntico: de sorpresa primero, de pavor enseguida, de incontenible repulsión inmediatamente…

La primera en reaccionar fue Molly. Y su reacción sorprendió a todos: echó a correr hacia el fondo de la enorme habitación, llevándose la ropa de la cama al pasar junto a ésta, y envolviéndose con ella, chillando con una histeria increíble. Se acurrucó en el rincón, tapándose con las sábanas, sin dejar de chillar. Sally y Betty corrieron a reunirse con ella, se cobijaron también bajo la ropa, ocultándose a las miradas, chillando, sollozando, maldiciendo, aullando…

—¡Fuera! —Gritaban—. ¡Fuera de aquí, fuera todos, no podéis mirarnos, no podéis estar aquí! ¡Fuera, fuera todos, fuera…! ¡Os odiamos, os mataremos si no os vais, fuera, fuera de aquí…! ¡No nos miréis, no nos miréis…!

Los fetiches no se movían, atónitos, impresionadísimos. Ni se movieron cuando todas las maldiciones y amenazas de las tres muchachas se convirtieron en un llanto estruendoso. Bajo la ropa de cama apelotonada en el rincón de la habitación, tres bellas muchachas lloraban su desconsuelo, su carencia de amor… y de piedad humana.

ÉSTE ES EL FINAL

—Sí, de acuerdo —aceptó Abraham—, todo eso es verdad: la gente somos un asco de maldad e incomprensión, querida. Pero lo cierto es que esas «pobres criaturas» convirtieron su lógico rencor en un negocio que funcionaba a medias con su maldad y el dinero de sus… socios, tan resentidos como ellas. Y tan malvados, en definitiva. Y si no, mira lo que te pasó a ti.

—¡A mí no llegó a pasarme nada! —protestó Rebeca; y de pronto se estremeció—. Pero si no hubieras llegado tú… ¡Dios mío, no he pasado nunca tan mal rato en mi vida!

—Eso te pasa por ser un fetiche tan lindo —dijo Abraham, besándole un seno, desnudos ambos en la cama.

—¡No me llames fetiche! —Respingó Rebeca.

—Está bien, está bien… Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa?

—Momento —dijo Abraham, alzando un dedote.

Saltó de la cama, y salió del dormitorio de la casa de Rebeca en Santa Mónica. Y en la cama, Rebeca sonrió, se desperezó… Se sentía estupendamente. Por fortuna, todo había terminado bien para los fetiches prisioneros…, aunque ya nadie devolvería las vidas a los seres anónimos que habían sido… desguazados para ser vendidos por piezas en su lugar. El final de la aventura en la hacienda fue mucho más fácil de lo que Abraham había temido. Efectivamente, con una pistola, y todos los prisioneros colaborando, los «socios» de Molly. Sally y Betty fueron dominados rápidamente, por sorpresa. Y los que vigilaban en el exterior, al ver las cosas mal paradas, se apresuraron a poner tierra de por medio.

Pero de nada iba a servirles, porque en cuanto Abraham llamó a Ferguson, y éste al FBI, el rastreo y persecución de los fugitivos asesinos, y de los clientes de Molly, Sally y Betty comenzó implacablemente, partiendo de la casa sita en el 1660 de Seaside

Road…

¿Y Abraham? ¡Pues no había resultado ser un agente de investigaciones secretas del Senado de los Estados Unidos…! Al desaparecer Ned Connolly, uno de los candidatos a la presidencia del país en las próximas elecciones, el Senado sospechó juego sucio por parte de algún otro candidato o algún grupo político, pero, no queriendo complicar las cosas ni hacer acusaciones, destacó a Abraham para que investigara el asunto mucho más discretamente de lo que se podía esperar del FBI o de la policía. Y naturalmente, Abraham había contado en todo momento con un apoyo fabuloso…

Abraham Lippton reapareció en el dormitorio, con una botella de champaña en una mano y dos copas en la otra.

—¡Helo aquí! —exclamó—. ¡Champaña para acompañar la tarta de nuestra boda!

Rebeca se quedó mirándolo pasmada.

—¿Qué tarta? —refunfuñó—. ¿Qué boda?

—Bueno, todo llegará —dijo él, sentándose en el borde de la cama y tendiéndole una copa—… De momento tenemos amor, ¿no?

—Eso es verdad —sonrió luminosamente Rebeca, que se había sentado, mostrando toda la belleza de sus vibrantes senos—. Es una lástima que mi compañía tenga que pagar cinco millones de dólares. ¡Y yo me he quedado sin la prima especial!

Abraham se quedó mirándola hoscamente.

—Jolín —masculló—, las mujeres nunca estáis contentas… Te salvo de ser violada por un rebaño de tíos feos, te hago el amor, te convido a champaña… ¡y todavía quieres más! ¡Eso es codicia!

Ella se quedó mirándole sonriente. De pronto, murmuró:

—¿Cuándo tienes que volver a Washington?

—¡Muy…! Cuando me dé la gana. De momento estoy muy ocupado en otro caso que el Senado aprobará, sin duda.

—¿Qué caso? —Abrió mucho los ojos Rebeca.

—Ver cuánto aguanto amando sin parar a una chica preciosa, preciosa, preciosa… ¿Copa y beso?

—¡Copa y beso! —Rió Rebeca—. ¿Y luego?

—¿Lo ves? —Guiñó un ojo Abraham—. ¡Nunca estáis contentas!

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…

Notas

[1] En inglés. *Horn* significa Cuerno, y *Flower* significa Flor. Una adaptación del apellido Hornflower podría ser Cuernoflorido. Y otra Flor en el Cuerno, o Flor de Cuerno. <<